

GABRIEL ROJO

A shirtless man is shown from the chest up, looking upwards with his head tilted back. The image is bathed in a strong blue light, with a warm orange glow emanating from behind him, creating a dramatic silhouette effect. The background is a soft gradient of blue and orange.

EL CALOR DE SUS OJOS

G A B R I E L R O J O

**EL CALOR
DE SUS
OJOS**

Copyright © Gabriel Rojo, 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

julio de 2024

Para Mateo, Dani y Sara.

UNO

Las persianas, a medio bajar, permiten que los rayos del amanecer caigan directamente sobre mis párpados y me arrebaten el plácido sueño en el que había estado sumergido durante las últimas siete u ocho horas. O tal vez fueran doce. En todo caso, mi cuerpo despierta con un poderoso bostezo que me llena la boca y escapa en silencio entre mis labios. Me estiro. Una maravillosa sensación recorre mi cuerpo, que se estremece con suavidad. Me doy la vuelta y no puedo evitar sonreír.

Tumbado junto a mí, de lado y hecho un ovillo, el hombre de ojos grises no parece haber visto interrumpido su sueño todavía. Su respiración, pausada, profunda, hace que su cuerpo suba y baje como una plácida marea. Sus manos unidas entre sí reposan junto a su cara, cubriéndola en parte, de modo que su nariz y la mitad de sus finos labios, que parecen encorvarse en una apenas perceptible sonrisita, quedan ocultos.

Me acerco a él y mi nariz se deleita en el maravilloso perfume que emana de su piel. Las yemas de mis dedos le rozan a penas el hombro desnudo y se empapan de la calidez de su cuerpo. Podría pasar horas así, sin hacer nada más que observar a Sam mientras duerme con esa densa paz tan suya. Poco a poco, mi mano desciende por su brazo y le acaricia la piel con parsimonia; no quiero que mis caricias lleguen a despertarlo. La sonrisa en mis labios crece mientras mi rostro se aproxima, casi sin ser consciente de ello, al suyo, hasta que mis labios encuentran su mejilla y la besan. De inmediato, quedan impregnados de la suave ternura de su piel. Observo a Sam, que sigue durmiendo, ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor, ajeno a mis caricias y a mis besos, que ya comienzan a descender por su cuello y encuentran su pecho, dentro del cual noto el lento pero poderoso latir de su corazón.

Al unir mis labios a su pezón, su piel se eriza y veo que, al fin, se remueve. Se tumba sobre la espalda, los ojos aún cerrados y la cabeza girada en mi dirección. Sé que sigue durmiendo, puesto que su expresión facial no ha cambiado un ápice.

Ahora que ha cambiado de postura, tengo mayor facilidad para besar otras partes de su cuerpo. Me entretengo por un momento en sus hombros y su cuello. Luego, encuentro sus labios y, Sam, sin despertar, parece responder débilmente a mi beso. Vuelvo a descender y llego a su terso abdomen. Pronto encuentro su ombligo y no tardo en perderme bajo las sábanas, que ocultan su adormecida entrepierna. Beso su flacidez, sus muslos, acaricio su abdomen.

Sam se remueve. Lo oigo bostezar, perezoso. Se estira y resopla. Mi cabeza asoma por la sábana, apoyada en su muslo y mi mirada encuentra el calor de sus ojos y su dulce sonrisa. La voz de sus dedos se enreda en mi cabello y mis ojos se cierran, disfrutando de este dulce susurro que me impregna la piel. Mis manos, con gran parsimonia, palpan sus muslos y encuentran sus nalgas, duras, tersas y suaves. Sujeto una en cada mano mientras le beso el vientre y veo cómo su pene comienza a despertar. Sonrío mientras noto cómo el mío cobra vida también.

Asciendo hasta encontrar sus labios y nos unimos en un lento beso. Sus brazos presionan mi cuerpo con fuerza hasta el suyo, nuestras rigideces se acarician, nuestras piernas se entrelazan.

—Date la vuelta —le susurro al oído. Él me mira con las cejas arqueadas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—Tú date la vuelta —insisto.

Sam, con titubeante sonrisa, se tumba boca abajo y yo me coloco sobre él, de modo que mi erección apenas roza sus nalgas. Mis manos se cierran sobre sus hombros y los masajea con suavidad. Él, sonriente, se deja hacer. Mis dedos le presionan la espalda, se deslizan hacia arriba y hacia abajo, despacio, ejerciendo la presión justa. Mis manos descienden a la altura de sus caderas y, al mismo tiempo, me inclino hacia adelante para besarle la nuca. Sonrío al ver que se le eriza el vello y vuelvo a llevar mis labios a su piel. Mis manos descienden aún más, para regresar a sus glúteos. Le beso los hombros y bajo a su espalda mientras dibujo un húmedo rastro con la lengua hasta encontrar su culo. Muerdo con suavidad una de sus nalgas y Sam da un respingo. Sonrío. Mis manos y labios cubren cada milímetro de las nalgas de Sam, mi boca se desliza hasta sus muslos, mis manos le manosean el culo. Mis dedos, hasta ahora atrevidos, parecen titubear al rozar apenas su entrada. Llevo la boca de nuevo a sus nalgas, las muerdo con suavidad, y oigo los gemidos de Sam, que se retuerce despacio. Con las manos separo las nalgas y pierdo la cabeza en su culo. Mi lengua roza su entrada y, con un súbito salto, Sam se remueve y gira la cabeza a toda prisa.

—Alan, ¿qué haces? —dice. Arqueo las cejas. Algo en su rostro refleja... ¿preocupación?

—Pues comerte el culote, ¿no? —digo.

—Y después de eso, ¿qué querías hacer? —pregunta él.

—Después tenía pensado follarte un poquito.

—¿Follarme? —dice él.

—Sí. ¿No te apetece? —pregunto.

—¿El qué? —dice él.

—Pues... follar, ¿qué va a ser?

—Bueno, no es que no me apetezca pero... Pensaba que ya sabías que a mí lo de recibir no me va demasiado.

—Ah, yo qué sé, se me había ocurrido que podríamos variar un poco. ¿No puedo por lo menos comerme este culito un rato? Tiene pinta de estar muy rico —digo. Él resopla, pone los ojos en blanco y se da la vuelta. Aleja el culo de mí y me presenta, en su lugar, la polla, a medio camino entre el reposo y la rigidez.

—Puedes comerte esto, mejor. Seguro que está mucho más rico —dice mientras me acaricia la barba y atrae mi rostro a su entrepierna. Yo le beso los huevos, uno primero, luego el otro.

—Sí... Esto —digo, y le acaricio la erección con un dedo— está muy rico, pero ya lo he probado muchas veces. Ahora me apetece otra cosa... —Mis manos se posan bajo sus muslos y le levantan las piernas. Mi cabeza se acerca de nuevo a su entrada. Beso su agujero, que se contrae y, esta vez, mi lengua no tiene tiempo de asomar: Sam se zafa de mis manos y sus piernas caen con pesadez sobre la cama. Me mira con el ceño fruncido.

—Alan, cariño. Yo soy activo, ya lo sabes.

—Bueno, pero comerte el culo no significa...

—No quiero que me comas el culo, Alan —dice, tajante.

—Vale, vale —resoplo. Me tumbo a su lado, las manos detrás de la cabeza—. Perdona.

El hombre de ojos grises se coloca sobre mí con una media sonrisa en los labios. Me besa, sus manos recorren mi pecho, introduce la lengua en mi boca, mueve las caderas de modo que su erección frota mi flacidez muy despacio. Sam aparta sus labios de los míos y sube por mi cuerpo. Apoya con cuidado sus nalgas en mi pecho y dirige su polla a mis labios. Yo miro hacia arriba y me encuentro con los ojos de Sam mirando hacia abajo, a su entrepierna y mi boca, sonriente. Yo le beso la erección, pero le doy una palmada en el muslo, indicándole que quiero que se aparte.

—No tengo ganas, lo dejamos para más tarde, ¿vale? —digo.

—Vale —musita Sam. Aparta su desnudez de la mía y se sienta al borde de la cama—. No te pasa nada, ¿verdad?

—Qué va —respondo—. Es que tenía ganas de hacer otra cosa esta mañana.

—Alan...

—Ya lo sé —le interrumpo—: eres activo. No pasa nada, en serio. Está bien que me lo hayas dicho, así ya voy sabiendo qué te gusta hacer y qué no.

—Ven, anda —dice, y me acerca a su calidez. Me besa la mejilla y yo me acurruco en su hombro—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondo.

Con un suspiro pienso en estos últimos meses. Parece que haya pasado una eternidad desde que Sara me dejó y entré a vivir en este piso, donde mi vida dio un cambio tan radical que a veces se me encoge el corazón solo de pensarlo. Dos meses han pasado desde que empecé a salir con Sam. Dos meses de sexo casi a diario, lo cual no es, ni mucho menos, un problema. Al contrario. Está de puta madre. Solo que... Antes de conocerlo, yo siempre había tomado un papel más dominante, más activo en la cama. Claro que, al haberme acostado de forma exclusiva con mujeres antes de estar con él, ¿qué otro papel iba a tomar?

Él me descubrió un mundo nuevo, me abrió los ojos a una dimensión de placer que jamás se me había ocurrido que pudiera existir. Me encanta sentir a Sam dentro de mí, cada vez que me folla siento que toco el cielo. Pocas veces he sentido más placer que cuando tengo su polla enterrada en lo más profundo del culo, pocas veces he sentido mayor éxtasis que cuando lo tomo en la boca y saboreo sus orgasmos, pero... estaría mintiendo si dijera que no echo de menos ser yo quien se adentre en la estrechez de otra persona de vez en cuando. Echo de menos sentir la maravillosa presión y el dulce calor que emite el cuerpo de alguien mientras me abro paso en su interior. Me habría encantado poder explorar el cuerpo de Sam de la forma que él explora el mío y de veras pensé que podría vivir ambas caras de la moneda con el joven de ojos grises, pero ya veo que su postura es firme. Él es activo y solo activo. Así que yo he de ser pasivo. Y solo pasivo.

—¿En qué piensas? —dice Sam tras un largo silencio.

—¿Eh? —digo, medio ensimismado todavía—. Ah, en nada, me he quedado empanado.

—Ya lo veo, ya.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—¿De qué? ¿De que te has quedado empanado? —bromea Sam.

—No. ¿Cuándo te diste cuenta de que eras solo activo en la cama? —Él guarda silencio unos instantes mientras escruta mi rostro con detenimiento.

—Creo que nunca me lo planteé de otra forma —dice al fin—. Nunca me he imaginado a alguien reventándome el culo, no sé.

—¿Tampoco si ese alguien soy yo?

—No lo sé, Alan, no es algo que me llame —repite—. Me gusta meterla, no que me la metan.

—Pero si no te la han metido nunca, ¿cómo sabes que no te gusta? —argumento.

—Ay, Alan, de verdad —dice Sam, que se pone en pie—. Creo que no es tan difícil entenderlo, ¿no? No me mola la idea de que me metan una polla por el culo, punto.

—Vale. Joder, lo siento, no pensaba que te fuera a molestar tanto.

—No me molesta —dice Sam antes de volver a sentarse en la cama—, pero ya te he dicho lo que hay. No hace falta que sigas dándole vueltas, cariño. ¿Qué pasa, no te gusta cuando te follo? ¿Te hago daño o algo?

—Qué va. Me encanta que me folles —digo y siento mis mejillas encenderse al pronunciar esas palabras en voz alta por primera vez. Sam sonríe: por supuesto, está tomando nota del sonrojo de mi piel—. Bueno —añado—, no lo volveré a mencionar. Perdona.

Él sonríe y deja caer todo su peso sobre mí antes de unir sus labios a los míos una vez más. Desnudos entre las sábanas, nos abrazamos, nos besamos, nos tocamos. Sam encuentra mi entrada, la masajea con suavidad con un dedo y yo me estremezco. Mientras él juega con mi agujero, yo acaricio sus huevos: los sostengo en la mano, siento su calor, su forma, su peso.

Nuestras lenguas juegan entre ellas. La suya se adentra primero en mi boca, luego la mía en la suya. Nuestros labios se enlazan y se niegan a separarse. Sam desliza un dedo en mi interior y encuentra ese punto que siempre logra hacerme gemir, hacerme temblar, hacerme perder la cabeza y olvidarme de todo lo que me rodea.

Me tumbo sobre la cama, boca abajo, mientras él se coloca sobre mí. Muy despacio, noto cómo entra. Milímetro a milímetro, a un ritmo muy, muy lento, pero sin detenerse ni un solo instante. Mi cuerpo se dilata y lo acoge, hasta que toda su longitud está alojada en mí. Entonces Sam mueve las caderas entre jadeos. Yo me dejo hacer y gimo y me muerdo el labio mientras él acelera más y más. Sus jadeos se convierten en salvajes rugidos que me retumban en el oído hasta que siento que se estremece, su cuerpo entero en tensión y, acto seguido, noto una descarga, cálida y abundante, en lo más profundo de mí.

Sam abandona mi cuerpo, dejando su orgasmo en mis entrañas y se tumba boca arriba mientras lucha por recuperar el aliento. Yo me doy la vuelta y con la mano me llevo hasta el orgasmo, que estalla enseguida y se deja caer en mi abdomen en cuestión de segundos. Él me besa y me dice que me quiere. Le digo que lo quiero. Sonreímos.

Pasados unos minutos, mi estómago ruge. Me lo cubro con la mano y mis ojos buscan los de Sam, que suelta una carcajada. Yo me uno a su risa y mi estómago ruge una vez más.

—¿Tienes hambre? —pregunta Sam.

—Pues sí, un poco —digo.

—Pues espera, ahora veras —repite Sam, que se pone en pie.

—¿Adónde vas? —pregunto, mientras observo la desnudez de Sam bañada por la luz que pasa por la persiana.

—Ahora vengo —dice él sin más, y se aleja, lo cual me regala una imagen perfecta de su espalda, sus nalgas, sus esbeltas piernas y sus pies descalzos antes de desaparecer más allá de la puerta del dormitorio.

Yo, sin nada que hacer, espero en la cama. Siento la esencia de Sam todavía dentro de mí. Tendré que liberarla tarde o temprano, pero por alguna razón ser consciente de que su orgasmo sigue en mi cuerpo provoca una extraña sensación cercana al más placentero delirio. No quiero desprenderme de él. No todavía. Me palpo el vientre, como si esperara sentir su fluido removerse en mi interior. Por supuesto, no noto nada más allá del hambre que ha despertado en mí.

De piernas cruzadas y con brazos cubriéndome el pecho, espero a que Sam regrese de dondequiera que se haya perdido en el pequeño piso. Débiles ruiditos y un sutil aroma tostado me dan una pista de lo que puede estar haciendo el hombre de ojos grises. Poco a poco, el olor se torna más intenso y lo inunda todo hasta impregnarme la piel, lo cual provoca que mi estómago deje escapar cada vez más poderosos y frecuentes gemidos lastimeros, como si hubiera pasado días enteros sin nada con que alimentarse, a pesar de la profusa cena de anoche en ese restaurante al que me llevó Sam.

Lo de anoche fue, creo, nuestra primera cita de verdad. Sin decirme adónde íbamos, me sacó de casa de improviso, eso sí, con una advertencia previa: debía ataviarme con mis mejores galas. Mis «mejores galas», sin embargo, no son más que una sencilla camisa blanca y un pantalón de vestir, no muy distinto, por otra parte, a las «mejores galas» de Sam.

El restaurante, de aspecto carísimo, no está lejos del piso que compartimos. Nada más entrar, un entrajado y de lo más educado camarero nos guio hasta la mesa que Sam tenía reservada, nos sirvió sendas copas de un delicioso vino blanco y nos recomendó el carpaccio de salmón con aguacate y mango. Tanto Sam como yo —ambos con las cejas arqueadas y encogidos de hombros— aceptamos su recomendación sin dudar.

La cena estuvo deliciosa. El postre, nieve de agua de azahar con dátiles y jazmín, una exquisitez. No tan exquisita nos pareció la cuenta. Mi primera reacción al ver esa factura fue que debían de habernos dado la cuenta de la mesa de seis comensales del fondo, pero no. No, aquella era nuestra cuenta. Él insistió en invitarme y, aunque me opuse al principio —el precio era del todo desorbitado—, Sam puede resultar de lo más persuasivo, así que fue él quien cubrió el vergonzoso montante adeudado antes de abandonar el establecimiento por el que jamás volveremos a aparecer, por muy exquisita que sea la comida.

Y, hablando de comida, al aroma de las tostadas se le ha sumado lentamente el inconfundible olor del café y las naranjas recién exprimidas. Sam está preparando un desayuno continental, por lo visto. Justo cuando me dispongo a levantarme y coger un calzoncillo con el que cubrir mi desnudez, él asoma por la puerta, sonriente, con enorme bandeja en mano cargada hasta los topes de tostadas, mantequilla, mermeladas, miel, café, zumo de naranja, leche, embutidos, cereales y cruasanes.

—Dios mío, cariño, se te ha ido un poco la mano, ¿no crees? —digo mientras observo cómo

Sam se aproxima poco a poco, concentrado en no perder el equilibrio. Al fin, deposita, no sin dificultad, la enorme bandeja sobre la cama.

—¿Por qué? —pregunta, mientras se seca el sudor de la frente y se sienta frente a la bandeja.

—Joder —digo, sin más, sin dejar de señalar el desayuno que acaba de traer—. Solo somos dos, ¿eh?

—Anda, come y calla, que tampoco hay tanta comida —replica Sam. Toma una de las tostadas y la unta bien de mermelada de arándanos. Yo agarro otra tostada y me la sirvo con un poco de mantequilla y un vaso de zumo de naranja. La dulce acidez del exprimido lanza chispas a lo largo de mi lengua y labios.

—Mmm —digo. Sam sonríe mientras me observa comer y beber—. Qué rico.

—Me alegro de que te guste —dice antes de servirse una humeante taza de café. Me ofrece una, y yo la acepto de buen grado.

Desayunamos sin prisas, una tostada, un trocito de jamón, un poco más de zumo, medio cruasán y, poco a poco, la comida que ocupaba la inmensa bandeja comienza a menguar hasta prácticamente desaparecer por completo. Tras la cuarta tostada —dos con mantequilla y dos con mermelada—, el quinto pedacito de queso y el segundo vaso de zumo, siento que podría explotar si tomase una sola migaja más. Me echo hacia atrás para recostarme en los cojines y me palpo el estómago, hinchado ante el atracón de comida que acabo de pegarme.

—Estaba todo muy bueno, mi amor —digo, y beso los labios de Sam, que saben a café y arándanos—. Pero creo que si como algo más, saldré rodando, así que lo voy a dejar aquí.

—Muy bien —responde Sam, que le hinca el diente a la que debe de ser la séptima tostada. Podría pasarse el día comiendo y aun así no engordaría un solo gramo. Es casi milagroso, de hecho.

—Bueno, mientras tú sigues atiborrándote —digo, poniéndome en pie—, yo voy a arreglarme, que hoy es mi último día de curro antes de dos semanas enteritas de vacaciones. No me lo creo. Pienso apagar el móvil y no encenderlo hasta dentro de quince días, por si acaso, que ya me conozco yo a mi jefe.

—Muy bien, cariño —dice Sam, sin dejar de comer.

Sin dejar de reír por lo bajo, salgo del dormitorio, llego al cuarto de baño y me meto en la ducha. Al fin, permito que el orgasmo de Sam abandone mi cuerpo, lo cual me deja con una extraña sensación de vacío que me tendrá que rellenar de nuevo más pronto que tarde. Enjabono y aclaro mi cuerpo, perfumo mi piel antes de cubrirla con la ropa de trabajo y, solo tras despedirme de Sam con tres rápidos besos sobre sus labios, abandono el piso y atravieso el parque, detrás del cual mi coche aguarda.

DOS

El motor retumba y piso el acelerador. Me incorporo al tráfico, aún con el recuerdo de la esencia de Sam en mi cuerpo. ¿Sentirá él algo especial cuando deposita su orgasmo en mí, de la misma manera que yo siento que toco el cielo mientras albergo su sustancia en mis entrañas? Tal vez. Tal vez no. Es posible que esa sensación de pasmo categórico solo se produzca al recibir el orgasmo de otra persona y no tanto al guardarlo en alguien. De ser así, me gustaría poder regalarle a Sam esta sensación.

Me gustaría sentir su estrechez cerrándose a mi alrededor y que su calor se convierta en el mío mientras me dejo verter lentamente en sus profundidades. Pero, tal y como Sam ya me ha dejado bien claro esta mañana, no parece que eso vaya a suceder nunca. Él es activo. Pero aun así... ¿Cómo puede saber que no le gustará si no lo ha sentido, no lo ha probado, no lo ha experimentado nunca? ¿O sí lo ha hecho? No. No lo creo. Me lo habría contado. Me habría dicho: «Sí, Alan, lo he probado y no me gusta». No tiene razones para ocultarme que lo ha probado, así que no lo ha hecho.

Con mi mente yendo y viniendo a este asunto que parece traer cola en mis pensamientos, mis pies y manos conducen el coche de manera automática, la ruta memorizada en mi piel y músculos. Todavía con la fantasía de perderme en el cuerpo de Sam, aunque sea por una sola vez, aparco el vehículo, quito la llave y me apeo. Recorro los pocos metros que hay hasta el restaurante y, nada más cruzar por la puerta, todo pensamiento sobre Sam —o sobre cualquier otra cosa en realidad— se desvanece y mi cerebro se ocupa de forma exclusiva de atender, servir y recoger, así mesa tras mesa.

A diferencia de la mayoría de mis jornadas laborales, la de hoy durará solo seis horas. Además, parece que el terrible calor que amenaza con derretir el asfalto está persuadiendo a gran parte de la población a permanecer en sus casas, de modo que es, por ahora, un día de relativa calma.

Sin embargo, «relativa calma» en el contexto de este restaurante no significa, ni por asomo, que tenga tiempo para quedarme de brazos cruzados viendo cómo pasan las horas. «Relativa calma» quiere decir que, en lugar de servir veinte mesas por minuto, tan solo tengo que ocuparme de diez. Como consecuencia, aunque el trajín es menor a lo que me tiene acostumbrado este empleo, el movimiento constante de un lado para otro no tarda en arrancar las primeras gotas de sudor en mi frente transcurridos apenas cuarenta minutos desde el inicio de mi jornada laboral.

Los minutos se estiran muy despacio, al ritmo de las innumerables perlas de sudor que se condensan en mi piel, primero en las sienes y, más tarde, en mis axilas, pecho, espalda, pies. Para cuando se han cumplido cuatro de las seis horas de mi día de hoy, la totalidad de mi piel está bañada en una salina y pegajosa película de la que soy incapaz de deshacerme por mucho que la enjague con toallas frescas o con el propio dorso de mi mano.

—Qué calor —oigo gruñir a Ricardo, un compañero, en la cocina—. Es un infierno esto.

—Y eso que tenemos el aire acondicionado encendido —repite Rosa.

—Sí, pero por mucho aire puesto, si la puerta está abierta, todo el frío se sale y el calor entra —digo yo, que acabo de cruzar el portal a la humeante cocina para depositar los platos con restos de comida de la mesa cuatro antes de dar media vuelta y recorrer todo el salón hasta la entrada y adentrarme en el tórrido sol que arde en el cielo para atender las mesas recién ocupadas en la terraza.

Cómo aguantan el insufrible calor sentados en mitad de la calle a las tres de la tarde es un misterio que escapa a mi entendimiento. Por muchos parasoles y nebulizadores de los que te rodees, este calor es inhumano. Con una sonrisa y rezando porque los comensales no reparen demasiado en mi rostro, reluciente a causa del sudor, coloco los granizados que han pedido los de la mesa nueve y me dispongo a recoger las cervezas y tapas devoradas de la doce.

«Solo una hora más», pienso «y seré libre dos semanas». Lo primero que haré en cuanto inicien mis vacaciones de forma oficial será meterme de lleno en la ducha, con el agua tan fría que me ponga los pelos de punta. Sí. No puedo soportar más este calor, pero por suerte, treinta minutos son lo único que me toca aguantar.

—Ey, Alan, ¿cómo va? —es Edgar, el jefe.

—Pues pasando calor, para variar —respondo mientras saco del congelador los helados para la mesa tres.

—Hoy terminas, ¿no?

—Hasta dentro de quince días, sí.

—Qué bien viven algunos —ríe Edgar—. A mí me toca pringar todo el verano, macho.

—Bueno, Edgar, no te quejes tanto que tú no te pasas el día sirviendo mesas, ¿eh? —repite Susana, que lleva tantos años trabajando en el restaurante que tiene una confianza tal vez demasiado grande con Edgar, que ríe a carcajadas ante la ocurrencia.

—Sí, eso es verdad, yo por lo menos estoy más quietecito que vosotros.

Aún con las risas de Edgar y Susana en los oídos, entrego los helados en la mesa tres, recojo la cuatro, cinco y ocho y tomo nota de lo que tomarán las tres personas que acaban ocupar la mesa uno. Me dirijo a la cocina para dar la orden y veo en el reloj que tan solo me quedan diez minutos para disfrutar de unas vacaciones que me han estado evitando años.

Tras servir a la mesa uno, entro en la cocina para despedirme:

—Bueno, gente, yo me piro, que ya estoy oficialmente de vacaciones —digo, moviendo las cejas arriba y abajo mientras Ricardo me dedica una mirada cargada de envidia.

—Qué hijo de puta, quién pudiera. No te pases tomando el sol que luego te entra un melanoma tonto de esos y te quedas en el sitio, ¿eh?

—Qué imbécil —respondo. Ambos reímos. Antes de abandonar el restaurante, me despido de Edgar, que me desea unas buenas vacaciones durante las que pueda descansar para volver con las pilas puestas dentro de quince días.

Regreso al coche que, cómo no, se ha pasado las últimas seis horas a pleno sol y el volante está casi incandescente. En cuanto llegue a casa voy a arrancarme esta ropa sudada. O, mejor, igual le pido a Sam que me la arranque él.

Al cruzar el umbral, el delicioso frío del aire acondicionado es lo primero en recibirme. Aun

así, el sudor que empapa mi ropa resulta tan incómodo que, antes de llegar a poner un solo pie en el comedor, ya me he quitado la camiseta y las zapatillas.

—¡Pero bueno! —exclama Sam al ver cómo me desnudo—. ¡Menudo exhibicionista!

—Exhibicionista, ¿de qué? —digo al tiempo que me desabrocho el pantalón y lo dejo atrás mientras camino hacia Sam—. Si todo esto ya lo tienes más que visto —añado, en referencia a mi torso desnudo. Él se acerca a mí y me besa. Su lengua me roza apenas los labios y noto su sonrisa contra la mía.

—¿Qué tal ha ido el trabajo, cariño?

—Pues si no contamos el calor infernal que he pasado, bien —repongo. Le acaricio el cabello mientras sus manos se detienen en mis caderas—. Hacía tiempo que no sudaba de esta manera, dios.

—Mmm... sudadito, qué morbo —repite él, que recorre mi pecho, aún húmedo, con los dedos. Yo río.

—Sí, un morbazo que lo flipas. Me voy a meter de cabeza en la ducha.

—Muy bien —dice y hace ademán de apartarse de mí para dejarme ir al cuarto de baño, pero mis dedos se entrelazan con los suyos sin tiempo que perder. Sam me mira, las cejas arqueadas, los labios sonrientes.

—¿Te quieres venir?

—¿Adónde? —pregunta él.

—¿Cómo que adónde? Pues a la ducha conmigo.

—Vaya, vaya —dice Sam. Su sonrisa se torna más amplia y resplandeciente—. ¿Qué pasa? ¿Tienes ganas de jugar? ¿No te has quedado satisfecho con lo de esta mañana, o qué?

—Uy, uy, uy —repongo, en un fingido tono escandalizado—. El que parece que no se ha quedado satisfecho eres tú. Yo solo he hablado de una ducha, nada más.

—Sí, claro —se mofa Sam. Se apresura a llevar la mano a mi entrepierna y sonrío al notar que mi pene está cobrando vida mientras hablamos—. Pues esto no dice lo mismo, ¿eh?

—Anda, sinvergüenza, vamos a la ducha. —Me llevo a Sam por la goma de su calzoncillo hasta el cuarto de baño, ambos sonriendo entre dientes. Apenas hemos cruzado la puerta, Sam ya ha perdido la ropa interior.

Dejo que el agua caiga unos segundos antes de quitarme calcetines y calzoncillos y entrar en la ducha. Las dulces caricias del agua helada en mi acalorada piel me arrancan un prolongado gemido mientras me dejo empapar en el calmante frescor que comienza a envolverme. Sam, detrás de mí, entra en la ducha pero, a diferencia de mí, que estoy en el centro mismo del torrente de agua glacial, él se acurruca en una esquina, lo más alejado posible del agua.

—¡Joder, está puto helada! —exclama y veo cómo de inmediato se le eriza todo el vello del cuerpo. Río mientras le observo cruzar los brazos sobre el pecho, encogido, tiritando.

—¿Qué dices? Está buenísima, fresquita —replico.

—Si estuviera un grado más fría, serían putos cubitos de hielo, Alan, no me jodas —dice él.

—Qué exagerado —digo, pero giro el regulador de temperatura hasta que el placentero frescor deja paso a una menos orgásmica, pero del mismo modo agradable, tibieza—. ¿Mejor?

—Mejor —responde Sam, que se aparta al fin de la esquina de la ducha y permite que las gotas de agua le lamen el cuerpo al fin.

Echo mano al bote de champú y lo estrujo apuntando a mi mano, luego a la de Sam. Froto a conciencia las manos entre sí hasta formar abundante espuma blanca que tengo intención de dirigir a mi cabello, pero Sam me detiene.

—Te lo hago yo —dice. Sus largos dedos enjabonados se enredan ya en mi pelo para masajearme el cuero cabelludo lentamente. La espuma comienza a borbotear hasta cubrir la totalidad de mi cabeza. Cuando Sam termina de enjabonarme el pelo, soy yo quien dirige las manos a su cabeza. Noto el pelo de Sam, denso y corto, frotarme las yemas de los dedos mientras éstas recorren su cabeza, procurando no dejar desatendido ni un solo cabello. Sam cierra los ojos y disfruta del pequeño masaje que le hago en las sienes.

Cuando nuestros cabellos están en su totalidad cubiertos por la espesa espuma, agarro la alcachofa de la ducha y la llevo a la cabeza de Sam. Se la froto con la mano libre para eliminar la espuma, que danza por sus hombros y pecho antes de diluirse por completo en el agua. Ahora, es turno de Sam hacer lo mismo en mi cabeza. Me dejo hacer y echo una fugaz mirada de soslayo a su entrepierna, despierta y expectante. Sonrío.

Después del champú, es hora del gel de ducha. Sam se embadurna las manos con él, y un suave aroma a vainilla y coco impregna el ambiente de inmediato. Con ambas manos, esparce el gel por mi pecho, dibujando amplios círculos, mientras yo lleno mis manos de gel y hago lo mismo en el cuerpo de Sam. Muy despacio, enjabono su cuerpo mientras él hace lo mismo con el mío. Nuestras manos nada tardan en sincronizarse: primero nos recorremos el pecho y el abdomen, luego pasamos a los brazos. Sam desciende hasta mis piernas mientras yo me centro en su espalda y, cuando sus dedos alcanzan mis pies, mis manos peregrinan por sus nalgas, tras lo cual es Sam quien se centra en mi espalda para yo ocuparme de sus piernas.

Mis manos ascienden por sus muslos mientras las suyas bajan a mi culo y recibo su suave masajeo. Poco a poco, acerco las manos a su entrepierna e impregno el vello que la cubre con el gel de ducha. Sopeso sus testículos, los masajeo con una mano antes de que la otra alcance, al fin, su rigidez, que se estremece.

Sam deja mis nalgas y se centra también en mi entrepierna. Sus manos me acarician los huevos antes de sentir sus dedos posarse en mi pene, que comienza también a cobrar vida entre sus manos. Nos masajeamos el uno al otro y dejamos que la espuma lo cubra todo. Mis ojos están fijos en su erección, los suyos en la mía. Me muerdo el labio.

—Qué grande —digo, como si quisiera medir su rigidez con los dedos—. Es... enorme —Sam suelta una carcajada.

—¿Qué dices? Pero si la tuya es más o menos como la mía.

—Qué va. Tú la tienes más larga, mira —digo, y enfrento su erección contra la mía para comprobar que, como resulta más que evidente, la rigidez de Sam se extiende casi dos centímetros más allá de la mía.

—Bueno, pero tú la tienes más gorda, ¿ves? —Rodea su erección con una mano y la mía con la otra. En la mano que envuelve mi polla, la punta de su índice toca apenas la punta de su

pulgar. En la mano que sostiene su erección, en cambio, la punta de su índice llega hasta el centro de la yema del pulgar, lo que corrobora que mi rigidez debe de tener, en efecto, algunos milímetros más de diámetro que la suya.

—De todas formas —digo, aún contemplando su más que considerable tamaño—, me flipa pensar que me metes todo esto por detrás cada vez que follamos. Es una locura, ¿cómo me cabe todo eso ahí?

Sam no dice nada, tan solo se ríe y estruja mi erección, aún sujeta en su mano. Yo le pellizco un pezón y logro así que libere mi pene para poder disponernos a aclarar la espuma que aún nos cubre desde el cuello hasta los pies.

Con los cuerpos enjabonados y aclarados y los penes erectos y comparados, Sam cierra el grifo y ambos abandonamos la ducha. Él coge una toalla y me la echa a la cabeza. Frota con energía para secarme el cabello y, después, lleva la toalla a mis hombros y mi pecho. Seca mi cuerpo con parsimonia. Se toma su tiempo al llegar a mi entrepierna, que se encuentra a medio camino entre el reposo y la excitación. Cuando Sam termina de secar mi piel, es mi turno de secar la suya.

Sin molestarnos en cubrir nuestros cuerpos desnudos, abandonamos el cuarto de baño y nos dirigimos al dormitorio. Voy detrás de Sam, y aprovecho para contemplar los movimientos de su cuerpo mientras camina. Me muerdo el labio mientras admiro sus amplios hombros, su esbelta espalda, sus tersas nalgas, sus largas piernas. Parece que él se siente observado, puesto que lanza una sonriente mirada hacia atrás y me guiña un ojo antes de dejarse caer sobre la cama. Se acaricia, ausente, el pecho. Yo me lanzo sobre él y beso su nariz antes de descender; labios, barbilla, cuello, pecho.

Una insistente vibración me hace detenerme cuando mis labios apenas comienzan a rozar su ombligo. Sam levanta la cabeza y echa un vistazo a su mesita de noche, donde la pantalla iluminada de su teléfono móvil está reclamándole su atención.

Arquea las cejas y frunce los labios antes de incorporarse y estirar la mano hasta el teléfono. Desliza un largo dedo por la pantalla antes de llevarse el dispositivo a la oreja:

—Ey, Oriol, ¿qué pasa? —dice. Lo oigo reír con suavidad, lo veo asentir con la cabeza—. Pues nada, aquí estamos —replica y me mira—. Eh... no. Bueno, no sé. No. ¿Qué? Ah. Ah, pues sí. Sí, sí, sí. No, él está de vacaciones, así que... Claro, tío. Vale. Guay, vale. Venga. Hasta luego. Adiós.

Sam cuelga el teléfono y lo deja de nuevo en la mesita y me mira. Yo le devuelvo la mirada y hago un gesto con la cabeza, como para preguntar por la conversación que acaba de tener. Él se estira de nuevo en la cama y tira de mi brazo hasta que caigo junto a él. Reposo la cabeza sobre su pecho. Siento su respiración, lenta, profunda y su corazón, potente.

—Oriol es uno de tus amigos, ¿no? —pregunto.

—Sí —confirma—. Nada, que dice que esta noche va a invitar a los de siempre a su casa. Supongo que estaremos de tranquis: tomaremos algo, charlaremos..., tiene piscina, así que algún chapuzón seguro que cae. Lo típico, ¿no?

—Ya. Bueno —digo antes de besar su pezón y notar de inmediato cómo se endurece—, pásalo bien.

—Me ha dicho que te vengas —musita Sam.

—¿Qué?

—Me ha preguntado si currabas hoy y le he dicho que ya estás de vacaciones. Y me ha dicho que te vengas, que quieren conocerte.

—¿Quieren conocerme? —replico. Me incorporo y busco los ojos de Sam—. ¿Cómo que quieren conocerme?

—Yo qué sé, lo normal, ¿no? —dice Sam, que se encoge de hombros—. Les he hablado mucho de ti desde que estamos juntos y tienen curiosidad por conocerte.

—¿Les has hablado de mí? —pregunto, arqueando las cejas.

—Pues... claro, cariño. Son mis amigos. Nos contamos las cosas. ¿Te molesta que les haya hablado de ti?

—No, no —me apresuro a decir—, no, qué va, no es eso. Es que... No sé. No sé, me ha sorprendido, ya está. Pero no, no me molesta, claro que no. —Sonrío y beso sus labios. El hecho de que Sam haya considerado que soy lo bastante relevante en su vida como para que me mencione a sus amigos es de todo menos molesto. Que haya querido compartir con sus amigos que estamos juntos deja claro lo que Sam siente por mí. Mi sonrisa se ensancha y acaricio su rostro—. Te quiero —susurro.

—Y yo a ti —responde él—. ¿Te has puesto sentimental? —dice en tono burlón.

—Qué idiota. No, pero me apetecía decírtelo.

—Entonces... ¿vas a venir? —La pregunta hace que mi corazón suba hasta mi garganta por alguna razón. Me lleva unos segundos recuperar la capacidad del habla y, con voz extrañamente ahogada, respondo:

—No sé... Me da un poco de corte —admito.

—¿Qué dices? Pero si son muy buena gente.

—Ya, pero... ¿y si no les caigo bien? ¿Y si piensan que tú y yo no encajamos?

—¿Cómo van a pensar eso? ¿Cómo no les vas a caer bien? Les caerás de puta madre porque eres de puta madre. Además, se mueren por conocerte. De verdad, no te preocupes por cómo les vayas a caer. Estoy seguro de que haréis buenas migas, de verdad.

—Bueno... —digo, aún poco convencido—. Pero bueno, no sé.

—No tienes nada más que hacer hoy. Y mañana no tienes que madrugar, así que no tienes excusas realmente —argumenta Sam.

—No, no tengo que madrugar —admito, pues es cierto; la única razón por la que madrugo es el trabajo y, al haber empezado mis vacaciones hace escasas horas, la excusa ha perdido toda la validez que podría haber tenido en un principio. Me muerdo el labio sin dejar de observar el rostro de Sam, que me mira con una media sonrisa, mientras su mano me acaricia el muslo.

—Venga —insiste—, ven. Me apetece presumir de lo buenísimo que está mi novio. —Yo río. Es una risa nerviosa, un tanto estridente.

Nunca me he movido en ambientes abiertamente gays. A excepción de aquella vez, cuando,

hecho un absoluto lío, me metí en un local de ambiente en busca de respuestas a la algarabía de sentimientos que se me había formado en las semanas anteriores. No sé cómo será estar rodeado de hombres gays, si tendré que actuar de alguna forma específica para encajar, si me juzgarán por haber descubierto tan tarde que me gustan los hombres, si creerán que no tengo la «pluma» suficiente como para ser parte de su grupo...

—Cariño, ¿qué pasa? —pregunta Sam, que sin duda sabe leer en mi rostro la ansiedad que comienza a nacer en mi interior.

—No sé si encajaré —admito.

—¿Cómo?

—Con tus amigos —digo—. No sé si encajaré en ese grupo.

—¿Cómo que no? En mi grupo de amigos encaja casi cualquiera, ya lo verás. Creo que somos el grupo más diverso que te puedes echar a la cara. No te estreses por eso, de verdad. Solo tienes que ser tú mismo. Y, si no te apetece, lo entenderé, de verdad. No pasa nada. Si no quieres venir, dímelo y ya está. En serio.

—No —respondo.

—Vale, pues ya está —dice Sam, y se levanta de la cama—. No pasa nada, voy yo solo y sin problema.

—Cariño —digo—. No. No he dicho eso. Quería decir que no te voy a decir que no quiero ir. O sea que quiero. Que voy. Voy contigo a ver a tus amigos.

Sam sonrío y busca mis labios casi con urgencia.

—Les vas a encantar —dice, sentado sobre mis muslos—. Ya lo verás.

—Estoy seguro. —Le acaricio el cabello y mantengo los ojos clavados en los suyos.

—Te quiero —me dice.

—Yo también te quiero.

TRES

—¿A qué hora es la fiesta, cariño?

—Me ha dicho que podemos ir a partir de las once —responde Sam—. Aún hay tiempo, podemos cenar tranquilamente y luego ver qué nos ponemos.

—Vale —digo.

Nos cubrimos con unos calzoncillos y un par de camisetas, la mía de manga corta y gris; la de Sam, de tirantes y blanca y nos dirigimos a la cocina. Aunque mis habilidades culinarias son peor que nulas, insisto en ayudar a Sam en todo lo que pueda. No me gusta dejar que se encargue él siempre de todo lo que tiene que ver con la cocina. Mis tareas, después de un par de fallos catastróficos que culminaron conmigo pidiendo pizzas a domicilio, se limitan a sacar ingredientes de la nevera, lavarlos y pasarle a Sam cuchillos, ollas, sartenes y condimentos mientras él prepara, cada una de las veces que pisa la cocina, increíbles platos que hacen cantar a mi paladar. Le he dicho en más de una ocasión que debería plantearse abrir su propio restaurante, pero él siempre descarta la idea con un gesto de la mano.

La cena de hoy parece tener matices mexicanos: entre las manos sostengo, en precario equilibrio, un pimiento verde, uno rojo y otro amarillo, los cuales deposito sobre la tabla de cortar, donde ya hay una gran cebolla que Sam se dispone a cortar. Entre las lágrimas provocadas por la cebolla, saco el pollo que Sam me ha pedido mientras termina de cortar el pimiento en tiras y lanza la cebolla sobre una sartén, removiendo de vez en cuando. Más tarde, le añade los pimientos. Observo cómo corta el pollo también en tiras mientras yo me encargo de recoger lo que ya no necesita y lo friego. Husmeo el delicioso aroma que sube de la sartén y que le da a mi nariz un adelanto de lo que le espera a mi paladar en unos minutos.

Sam lanza un sinfín de condimentos a la sartén con total seguridad en sus dotes culinarias mientras yo rebusco en el armario. Encuentro, al fin, las tortillas de trigo que me ha pedido. A sus órdenes, las caliento unos segundos antes de esparcir una fina capa de la salsa picante que compramos el otro día -por puro antojo de Sam, todo hay que decirlo—. Cuando él termina con el relleno de las fajitas, lo reparte sobre las tortillas y, con un movimiento que yo no sería capaz de imitar ni siquiera aunque le dedicase una vida a practicarlo, las dobla sin dejar escapar ni un solo trocito de cebolla. El resultado son perfectos cilindros rellenos de la humeante mezcla de verduras y pollo.

Como de costumbre, parece que toco el cielo cuando pego el primer bocado de la cena. Con lágrimas en los ojos, mastico muy despacio mientras me deleito en la deliciosa mezcla de sabores y agradezco a Sam por la fantástica cena.

—Dios, es que tienes un don, cariño, en serio —digo, relamiéndome. El ligero deje picante me deja hormigueos en los labios.

—Anda, no seas exagerado —repite Sam—. Son unas fajitas. Tampoco tienen mucho misterio.

—Cariño, están de puta madre, te lo digo de verdad —insisto—. En serio, estás dejando

escapar una oportunidad de oro: si abrieras un restaurante...

—Ay —me interrumpe Sam, con su ya típico gesto de la mano cada vez que saco a relucir el tema—, qué tonterías dices. Anda, téminate ya la cena, que ya son casi las diez y aún te tengo que elegir lo que te vas a poner para la fiesta.

Lanzo a Sam lo que pretendo que sea una elocuente mirada y él cruza sus ojos con los míos con media sonrisa dibujada en los labios. Estos dos meses juntos le han dejado más que claro que mi gusto por la moda es inexistente. La ropa que yo necesito —la ropa que yo visto y que me gusta— es ropa que me resulte cómoda. Y ya está. Sin embargo, Sam, aunque para nada encaja en el estereotipo de fashion victim, viste mucho mejor que yo y creo que lleva tiempo esperando la oportunidad de elegir un atuendo para mí.

—Sí, ayúdame, porque no tengo ni idea —digo, mientras los dos nos dirigimos al dormitorio. Abro la puerta del armario, donde casi tres cuartas partes del espacio está ocupado de forma exclusiva por prendas de Sam. Mi parte del armario está comprendida por pantalones vaqueros, pantalones cortos, camisetas lisas, alguna camisa que apenas me pongo, diversos jerséis, un par de sudaderas y... ya está.

—Madre mía —musita Sam al rebuscar entre mi ropa—. Es que no tienes nada, cariño. Si tuviéramos más tiempo, iríamos a comprarte algo. Ya iremos, de todas formas. Tienes que renovar el armario, por favor.

Tras varios minutos sacando ropa, se decanta por una camiseta que solo me he puesto una vez, de un color verde pastel, a juego con el único bañador del que dispongo. La casa de Oriol tiene piscina, al fin y al cabo: es probable que acabemos metidos en el agua.

—Pues al final tampoco me has ayudado tanto, ¿eh? —digo, una vez vestido. Me miro al espejo de cuerpo entero que tenemos en la puerta del armario y le sonrío.

—Tampoco había mucho con lo que trabajar —se defiende Sam— y, además, es una fiesta en una piscina. No es un sitio para ir despampanante, precisamente.

Me siento en la cama mientras él se viste. Opta por una camisa de manga corta, blanca, y la combina con su bañador azul marino. Lo cierto es que la camisa le viene como anillo al dedo. Me embeleso observándolo y tomo nota de cómo la fina tela de la camisa revela apenas los sutiles pectorales y el liso abdomen que hay tras los botones.

—¿Qué tal estoy?

—Buenísimo, mi amor —digo.

—Qué tonto —repite él, que le echa un vistazo al teléfono móvil—. Bueno, creo que ya va siendo hora de irnos, ¿no? ¿Estás listo?

—Eh... sí. Sí, sí. Listo. Estoy listo —digo. De inmediato, mi corazón comienza a bailar con gran torpeza. Sam arquea las cejas y escruta mi rostro con sus ojos grises.

—¿Estás bien?

—Bueno. Sí. No sé. Algo nervioso por conocer a tus amigos.

—¿Nervioso? —dice Sam—. ¿Sigues preocupado? —Me encojo de hombros—. Cariño. Tranquilo, de verdad. ¿Qué te da tanto miedo?

—Ya te lo he dicho antes —murmuro, la mirada clavada en el suelo—. No sé si me aceptarán.

Y para mí es importante que me acepten.

—¿Y eso?

—Son tus amigos. Son tu gente. Si no me aceptasen, eso te pondría a ti en una posición bastante mierdosa. Tendrías que acabar eligiendo entre ellos y yo. Y no quiero que tengas que elegir porque, elijas lo que elijas, acabarías perdiendo una parte de tu vida.

—Cariño —dice Sam, besándome—. No me veré en esa situación. Primero, porque mis amigos son amigos de verdad que no me harían elegir. Segundo, porque les vas a encantar.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé —repite él—. Y, venga, vámonos ya, o llegaremos tarde y ya sabes lo poco que me gusta no llegar a la hora a los sitios.

Decidimos que, ya que hay altas probabilidades de que acabemos sumergidos en el agua esta noche, lo mejor será llevar un par de toallas y, por lo que pueda ocurrir, un pantalón y una camiseta de recambio para cada uno. Lo guardo todo en una mochila que me echo a la espalda antes de realizar nuestro ya habitual ritual cada vez que nos disponemos a dejar el piso vacío; luces apagadas, ventanas cerradas, llaves y carteras en los bolsillos. En el rellano, Sam le da una vuelta a la cerradura antes de tomar el ascensor.

Es una noche cálida y húmeda. Apenas hemos puesto un pie en la calle, siento que se me perla la frente y la espalda se me vuelve pegajosa a causa del sudor que comienza a brotar de mis poros. Creo que recibiré la piscina con los brazos abiertos cuando lleguemos a casa del tal Oriol.

Sam entrelaza sus dedos con los míos mientras cruzamos el parque en penumbra en dirección a mi coche. Con el pulgar, acaricio con suavidad el dorso de su mano y ambos caminamos por el serpenteante sendero de tierra hasta el otro extremo del parque. Nada más ver el coche, pulso el botón del mando, las luces parpadean y el vehículo se desbloquea. Entramos. Coloco la llave en el contacto y, antes de arrancar, le pregunto a Sam:

—¿Dónde vive el Oriol este?

—No muy lejos —responde—, en la urbanización Las palmeras. —Arqueo las cejas, pestañeando con lentitud.

—Joder. ¿Tienes un amigo millonitis o qué? —Sam se encoge de hombros.

—Tanto como millonitis... Vive en un adosado, heredado de su abuelo.

—Ah... —digo en voz baja. La urbanización Las palmeras es famosa por sus lujosos adosados y sus elitistas habitantes. Aunque Sam no llega ni por asomo al nivel de garrulismo que mis amigos, también dista mucho de ser un pijo estirado, con lo cual me resulta una curiosa sorpresa descubrir que uno de sus mejores amigos vive en la urbanización de mayor nivel adquisitivo de la ciudad.

El coche arranca, con su típico rugido tembloroso. Me alejo del parque y conduzco por las calles prácticamente desiertas en mitad de la noche. Durante unos minutos, guardamos un silencio interrumpido tan solo por la animada música que suena a bajo volumen en la radio. Sin embargo, a mitad de camino, Sam me comenta:

—Sabes, estaría bien conocer a tus amigos también, ¿no te parece?

—Eh... bueno —respondo—. No sé. Supongo.

—Quiero decir, tú vas a conocer a los míos ahora. Me gustaría conocer a los tuyos.

—Ya... Cariño, no sé si mis amigos te podrían caer bien —digo, ojos fijos en la carretera.

—¿Por qué no?

—Son un poco... no sé cómo decirlo. Un poco brutos.

—O sea, son el prototipo de machote hetero, es lo que quieres decir. —Yo resoplo. A veces Sam tiene grandes ocurrencias. Pero tiene razón.

—Supongo que se podría decir así, sí.

—¿Saben al menos que estamos juntos? —inquieta Sam.

Guardo un largo silencio, incapaz de responder. Raúl lo sabe, claro: lo llamé el día después de coincidir en aquel local de ambiente. Los demás, en cambio... Ni siquiera saben que Raúl es gay, ni que yo soy... lo que quiera que soy.

—Ya veo que no —dice Sam, que interpreta sin equivocarse mi incómodo silencio.

—No ha surgido la ocasión —trato de excusarme.

—¿Después de dos meses?

—Lo he... lo he estado posponiendo, es verdad —digo al fin. Entro en la rotonda que hace las veces de separación de la urbanización Las palmeras del resto de la ciudad.

—¿Por qué?

—¿Qué? —pregunto.

—¿Por qué lo has estado posponiendo?

—Ya te he dicho que mis amigos son un poco especialitos.

—¿Crees que se lo tomarán mal? —pregunta Sam. Noto su mirada intensa en busca de mis ojos.

De nuevo, no respondo de inmediato y eso deja a Sam del todo claro cuál es la razón por la que aún no he hablado de él con mis amigos. Sí, tengo miedo. Miedo de su rechazo, miedo de que me vean distinto, miedo de que nuestra amistad de tantos años termine por ser quien soy y no querer esconderme. Los conozco desde hace tanto tiempo que sé la mar de bien de qué pie cojean y la tolerancia no es su fuerte. Todo lo contrario, la verdad. Cuántos comentarios terriblemente homófobos habré oído de los labios de Dani y Joab. También de Raúl, claro que los suyos serían —ahora lo sé— como mecanismo de autodefensa. Me estremezco al recordar las veces que fueron mis propios labios los que dejaron escapar espantosos improperios en tantísimas ocasiones.

—Cariño —dice Sam, con una mano en mi rodilla—. Son tus amigos. Tienen que entenderlo. Tienen que aceptarlo.

—Sí. Supongo que sí —respondo mientras me adentro en la urbanización.

—La siguiente a la derecha —me indica Sam—. Y ahora a la izquierda. Es aquí. Aquí, aquí, en el número 28. Mira, ese es el coche de Martina —añade, señalando un Renault rojo aparcado frente a una gran cancela blanca en el número 28 de la sinuosa calle. Justo detrás de ese coche

hay un hueco lo bastante grande como para, con más maniobras de las que me gustaría, aparcarse mi coche.

Quito la llave del contacto y, en un movimiento casi simultáneo, abandonamos el vehículo. Sam me besa la mejilla antes de pulsar el timbre. La cancela se abre pasados unos escasos segundos y, al otro lado, nos recibe, con amplia sonrisa y descamisado, un hombre joven, de la edad de Sam, de piel oscura, cabello rizado negro y grandes ojos del mismo color. Al vernos, separa unos musculosos brazos con los que envuelve a Sam y lo aprieta con fuerza contra el pecho.

—¡Alan! —exclama el hombre tras liberar a Sam de entre sus brazos. Se acerca a mí. Antes de poder reaccionar, sus poderosos brazos me rodean el torso, y el calor de su piel me envuelve. Su dulzón aroma a coco y vainilla me acaricia la nariz—. ¡Qué alegría, por fin te conozco! Soy Oriol, por cierto —dice, cuando se separa de mí al fin.

—Eh... encantado, tío. Sam me habla mucho de ti.

—¿Me pones verde con tu novio, maricón? —dice Oriol, que se lleva las manos a la cara en una teatral expresión de falsa ofensa. Sam y Oriol rompen a reír al unísono y Oriol, tras pasar el brazo sobre mis hombros, me guía por un caminito que bordea la inmensa casa, hasta llegar a un gran patio con una inmensa piscina donde una decena de hombres y mujeres, todos rozando los treinta años de edad beben, hablan, ríen y se bañan.

El aspecto de los amigos de Sam es de lo más variopinto. Un hombre con pelo claro que caía más allá de sus hombros, con una frondosa barba y largas uñas escarlata es de los que más llaman mi atención. Al fondo, hablando con otro chico —con el pelo corto y brazos de lo más velludos—, hay una persona que me envía señales cruzadas: por la forma de su cuerpo, diría que es una mujer, pero su rostro tiene facciones duras más propias de un hombre y su cabello rapado no hace más que reforzar ese aspecto más masculino.

—¡Gente! —exclama Oriol, su brazo todavía por mi hombro—. Mirad quién ha venido.

—¡Sam! —chilla el melenudo de las uñas pintadas, y se acerca a toda velocidad para abrazarlo—. Qué alegría que hayas venido. —Una larga uña me señala y los ojos del hombre que me apunta me miran incrédulos—. ¿Este es tu marido? ¡Dichosos los ojos!

—Hola, encantado —musito. Al fin, escapo del agarre de Oriol.

—Ven aquí, dame un beso, que no sabes las ganas que tenía de conocerte. ¡No sabes las ganas que tenía de conocerte! —grita y me planta dos sonoros besos, uno en cada mejilla—. Me llamo Ricardo, pero me puedes llamar Richi, que es como me llaman todas.

Seguimos avanzando por entre los asistentes, todos tan entusiastas como Richi. Mi mente danza en un sinfín de nombres y rostros mientras trato de relacionarlos entre sí. Besos y abrazos bailan de un lado para otro entre cálidos saludos y gritos de júbilo al conocerme al fin. Miro de soslayo a Sam con una sonrisa dibujada en los labios. Al parecer ha estado hablando —y mucho— de mí con sus amigos. Él se encoge de hombros como si dijera «es lo que hay».

Alcanzamos el fondo del jardín, donde el hombre de los brazos peludísimos se presenta —su nombre es Iago— y me da un poderoso abrazo antes de dejar que la persona cuyo género no logro determinar dé un paso al frente y se presente:

—¡Hola, Alan! Jolín, por fin nos conocemos, Sam está como loco contigo, ¿sabes? Me llamo

Tam, encantade.

—Ah... igualmente —repongo, un tanto extrañado ante la palabra que ha usado. Ni encantado, ni encantada, sino encantade. Esto no me ayuda a decidir si es un hombre o una mujer.

Charlamos escasos minutos con cada uno de los amigos de Sam, todos encantadísimos de que esté aquí con ellos al fin. Cuando nos alejamos lo suficiente de Tam, le pregunto a Sam en un susurro:

—Oye, cariño. ¿Tam qué es?

—¿Cómo que «qué es»?

—Sí... ¿Es un tío o una tía? Es que...

—Es no-binarie. —Mis cejas se alzan.

—¿No-binarie? ¿Eso qué es?

—Qué no se siente ni hombre ni mujer —explica Sam. Esto no hace sino añadir a mi incompreensión. No termino de entender eso de «sentirse hombre» o «sentirse mujer». Yo no me siento hombre. Yo soy un hombre. Y ya está. Tras manifestarle esto a Sam, éste niega con la cabeza.

—Cariño, eres un pelín cazarro a veces, ¿eh? Mira, el género y el sexo son cosas diferentes, ¿no? Si quieres, pregúntale a Tam, seguro que elle te lo explicará mejor que yo. Es une experte en el tema.

—¿Es obligatorio hablar de él... de ella... de Tam usando la «e» todo el rato? —pregunto—. Suenan un poco ridículo, ¿no?

—Ay, cariño —dice Sam—. No te cuesta nada ser respetuoso con elle, ¿sabes?

—Vale, vale... perdón. No quiero ofender. Es que todo esto es muy nuevo.

—No te preocupes. Ya irás aprendiendo —dice, y me acaricia el rostro.

—¿Qué queréis tomar? —pregunta Oriol, que se ha vuelto a acercarse a nosotros tras unos momentos riendo con Tam y los otros.

—Una birra estaría bien —digo.

—Yo otra, venga —repite Sam.

—Marchando —dice Oriol. Me aprieta el hombro con la mano y me da una palmada en la espalda antes de dirigirse al interior de la casa.

—Oriol es un poco... tocón, ¿no? —digo después de asegurarme de que se haya alejado lo suficiente como para no oírme.

—Bueno, podría decirse así —responde Sam, que se encoge de hombros—. Pero es así con todo el mundo, no es que tenga algo contigo, ¿eh?

Oriol regresa con una lata de cerveza helada en cada mano, y nos las entrega. Doy un sorbo y siento el reconfortante frescor amargo bajar por mi cuerpo.

—Bueno, Alan —dice Oriol, que vuelve a agarrarme el brazo—, cuéntame. ¿A qué te

dedicas?

—Soy camarero. Ahora estoy de vacaciones.

—Oh, qué bien —repite él, sin soltarme el brazo—. Oye, estás fuerte, ¿eh? ¿Vas al gimnasio?

—Uy, qué va, no tengo tiempo —digo con una escueta risa. Doy un sorbo a la cerveza—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—¿Yo? Bueno, ahora mismo no tengo un trabajo realmente. Pero me gusta el arte. Antes hacía pinturas por encargo. —Asiento despacio con la cabeza mientras veo, por el rabillo del ojo, que Sam se aleja y se dirige hacia donde está una de sus amigas. ¿Samanta? ¿Sandra? No lo sé. No recuerdo su nombre. Puedo observarlos lo suficiente como para verlos comenzar a bailar al estridente ritmo de la canción que acaba de empezar a sonar—. Ya te haré algún dibujillo, si quieres.

—Sí, bueno —río, sin saber bien qué decir. Oriol me golpea el abdomen.

—¿Te apetece un chapuzón?

—Uf, no sé, tío. ¿No está fría el agua?

—Qué va —dice y, como para demostrármelo, se tira en bomba a la piscina. El agua salpica varios metros en el aire y no llega a empaparme por puro milagro—. Está buenísima. Anda, métete.

—Eso, sí —interviene Iago, que no tarda en quitarse la camiseta, lo cual revela que no solo sus brazos están absolutamente plagados de gruesos vellos oscuros. Observo su hirsuto abdomen mientras se deja caer también en el agua. Detrás de él, Tam se tira a todo correr. Me encojo de hombros y decido acompañarlos. Dejo la cerveza en una mesa, me quito la camiseta, la doblo y la coloco sobre una silla y me dirijo a la piscina. Me lanzo de cabeza y el frío impacto contra el agua me hace tiritar por un momento. Hacía más de dos veranos que no me metía en una piscina.

—¿Qué? —pregunta Oriol, que me salpica agua en la cara.

—Está fresquita, pero bien —respondo, y nado hasta el borde, del cual me agarro con una mano.

—Alan, ¿te puedo hacer una pregunta? —dice Tam.

—Sí, claro.

—A ver, Sam nos ha dicho siempre que, hasta que lo conociste, solo habías estado con tías y no sé qué, pero... ¿Es verdad?

—¿Qué solo había estado con mujeres antes de conocer a Sam? —pregunto—. Sí, es verdad.

—Pero ¿nunca tuviste ninguna duda?

—Pues... no, la verdad es que no. Nunca me lo planteé. Siempre supuse que era lo... yo qué sé, lo «normal», ¿no? Que me gustasen las mujeres y punto, digo.

—Ya... —musita Tam, labios fruncidos—. Qué curioso. El otro día lo estábamos hablando, ¿verdad? —dice Tam, mirando en derredor.

—¿Qué estuvisteis hablando? —quiero saber.

—Pues que todos supimos que eramos gays o lesbianas o bisexuales... —empieza Iago.

—O no-binaries —interrumpe Tam.

—...o no-binaries desde bastante jovencitos.

—Pues... yo no —digo sin más.

—Bueno, no importa lo que hayas tardado —dice Oriol—, lo importante es que ahora sabes mejor quién eres y te aceptas y te quieres por como eres, ¿no?

Oriol dibuja una amplia sonrisa. Pasamos un rato nadando en el agua, hasta que el frío nos hace tiritar. Con la piel de gallina, abandonamos la piscina, nos envolvemos en toallas y pasamos a sentarnos alrededor de una mesa mientras hablamos. Son un grupo de gente interesante, no puedo negarlo.

No sabría explicarlo, pero siento que, rodeado de esta gente, estoy... relajado. Con mis amigos, sobre todo desde que conocí a Sam, siento una extraña tensión constante que, con los amigos de Sam, he descubierto que no existe. Es una sensación verdaderamente agradable.

Las horas corren como segundos y, antes de darnos cuenta, son ya más de las cinco de la mañana, momento en que Sam, con un tremendo bostezo, me pide sin palabras que volvamos a casa, de modo que, repartiendo besos y abrazos una vez más, nos despedimos de todos (y todes).

—Ah, y, Sam —dice Tam antes de que pongamos un pie en la calle—, añade a Alan al grupo de WhatsApp, ¿no? Ya va tocando.

—Ah, pues sí —responde Sam, sacando el móvil de inmediato—. Ahora le añado.

CUATRO

Recibo una notificación: «Sam te ha añadido al grupo “KWEENS!!!”». Miro de soslayo a Sam, que me lanza una risita y se encoge de hombros.

—Yo no creé el grupo, si el nombre te parece mal, las quejas a Iago —dice. Entramos en el coche.

—Qué va, qué va, es que me ha hecho gracia el nombre, ya está —repongo. Arranco el coche, enciendo los faros. Avanzamos. Desde la puerta, veo a Oriol, aún descamisado, despedirnos con una mano. Le saludo apartando la mano del volante durante un momento.

Entramos en la rotonda, la línea divisoria que nos lleva de regreso a la zona «normal» de la ciudad, dejando los lujos de aquella urbanización atrás.

—Bueno —suspira Sam, tras un breve silencio—. ¿Qué tal te lo has pasado?

—Ah, muy bien —digo—. Son buena gente, tus amigos.

—¿Te han caído bien?

—Mucho —respondo, y es cierto: me he sentido como si formase parte de ese grupo desde siempre. No me han juzgado, se han interesado por mí, han sido amables—. Tam es una persona interesante y Richi es un descojone.

—Sí, Richi es un juerguista y bromista rematado —coincide Sam—, siempre te ríes con él.

—Y Oriol es muy majo.

—Mucho, sí. Y tú preocupado por no encajar o porque no te aceptasen o porque les cayeses mal —dice Sam, apretándose el muslo. Me encojo de hombros.

—Yo qué sé. Sí, me preocupaba. Ya te lo he dicho, era importante para mí caer bien a tus amigos porque sé que era importante para ti que yo los conociera de una vez. Me alegro de que haya ido todo bien y me hayan recibido con los brazos abiertos, la verdad.

Llegamos a casa en mitad de la noche. Con un bostezo, me deshago de la ropa y, en calzoncillos, me dejo caer en la cama. Sam, en el mismo atuendo que yo, se tumba a mi izquierda y me besa la mejilla. A mi derecha, oigo una vibración, seguida por otra a mi izquierda. Ambos hemos recibido un mensaje al mismo tiempo.

—Será del grupo —repone Sam, que echa mano a su móvil al tiempo que yo agarro el mío. En efecto, un sinfín de números que no están guardados en mis contactos se dedican a lanzar mensaje tras mensaje a toda velocidad. Leo algunos, ignoro varios, se me escapan la mayoría.

(05:57) ????: ¿Habéis llegado todes a casa sanes y salves?

(05:57) ????: ¡Nosotros sí!

(05:57) ????: Acabamos de cruzar la puerta.

(05:58) SAM: Nosotros estamos ya acostados, nos íbamos a dormir.

(05:58) ????: A dormir, ¿o a otras cosas? ¿Eh, pillines?

(05:59) ALAN: A dormir, a dormir, que estoy que no puedo con mi alma.

(06:00) ????: Buenas noches a todos, a ver si repetimos prontito.

(06:00) ????: ¡Sí! Hay que repetirlo cuanto antes, me lo he pasado genial.

(06:01) ????: Ya ves, yo también me lo he pasado muy bien.

—Bueno —bosteza Sam—, voy a apagar el móvil y me voy a dormir, que no puedo más. Buenas noches, mi amor, te quiero —dice, besándome en los labios.

—Buenas noches, cariño.

Lo miro mientras se tumba boca abajo y cierra los ojos. Su respiración se vuelve profunda y lenta mientras se deja acoger por los brazos del sueño. Yo me dispongo a hacer como Sam y apagar el móvil —los mensajes no dejan de llegar, a pesar de que todos parecían listos para irse a dormir hace unos momentos—, pero un número que no conozco me envía un mensaje por privado. Con el ceño fruncido, abro la ventana del chat. Debe de ser uno de los amigos de Sam:

(06:02) ????: Ey, Alan, me ha encantado conocerte por fin. Eres mejor incluso de lo que Sam nos contaba, jajaja.

Antes de responder, mi dedo pulsa la imagen de perfil. Al ampliarse, distingo la piel oscura y los radiantes ojos de Oriol. A diferencia de hoy en la fiesta, en la foto aparece con una camiseta que le cubre el torso. Cierro la foto, regreso a la ventana del chat y tecleo rápidamente:

(06:03) ALAN: Gracias, tío, aunque no sé qué os habrá estado contando este, jajaja. A mí también me ha gustado conocerte.

(06:04) ALAN: Bueno, a ti y a todos, claro.

(06:04) ORIOL: Sí, claro, lo he entendido.

Acompaña ese mensaje con un icono de un rostro guiñando el ojo. Yo le respondo con un icono de un rostro sacando la lengua y con los ojos cerrados, en gesto burlón.

(06:05) ORIOL: Bueno, y, ahora, ¿qué harás?

(06:05) ALAN: Pues irme a dormir. Sam ya está roncando a mi lado. Son las seis de la mañana.

(06:05) ORIOL: Pues vaya. Yo es que, con este calor, apenas puedo dormirme.

(06:06) ORIOL: Tengo que acostarme así y, aún y con esas muchas noches no puedo pegar ojo.

Adjunto a ese último mensaje, Oriol me ha enviado una foto. Me da un vuelco el corazón al ver su contenido. El protagonista es Oriol, que está tendido sobre la cama, boca abajo y total y absolutamente desnudo. La foto está tomada desde un ángulo tal que, sumado a la inclinación de

su espalda, logra enmarcar a la perfección sus oscuras, tersas y voluptuosas nalgas, las piernas cruzadas, los pies al aire.

(06:07) ALAN: Oriol, macho. ¿Qué fotos me envías?

(06:07) ORIOL: ¿Qué pasa? Solo te enseño cómo estoy ahora mismo intentando dormir.

(06:08) ALAN: Joder, pero... No hace falta, ¿no crees?

(06:08) ORIOL: Bueno, no sé. Tampoco me parece una foto tan fuerte.

(06:08) ORIOL: Si quieres ver fotos fuertes de verdad, te las puedo enseñar, que tengo unas cuantas.

(06:09) ALAN: Anda, Oriol, deja el móvil y vete a dormir, que me parece a mí que te has tomado cuatro o diez birras de más.

(06:09) ALAN: Buenas noches, descansa, que falta te hace.

(06:10) ORIOL: ¿Te has molestado?

Sin siquiera responder a su pregunta, apago el móvil, me tumbo de lado de espaldas a Sam, y cierro los ojos, tratando de borrar de mi mente la imagen del culo de Oriol. Procuero relajar mi cuerpo y lucho contra mi interior con tal de evitar que la erección que amenaza con despertar cumpla sus advertencias.

Sin embargo, pasan las horas y no logro pegar ojo. Doy vueltas y vueltas, procurando no despertar a Sam, que ronca a gusto a mi lado, ajeno a mi insomnio. Miro el reloj. Son las ocho. Decido que, dado que no voy a lograr dormir, lo mejor es levantarme.

En silencio, abandono el dormitorio y salgo al balcón. Me siento en uno de los pequeños taburetes mientras observo cómo los árboles del parque se mecen con suavidad en el viento. El sol baña ya todo cuanto alcanzo a ver. Me he traído el móvil y, sin saber muy bien por qué, vuelvo a abrir la conversación con Oriol. La fotografía de su cuerpo desnudo es lo primero que veo. La observo, la amplío y escruto todos los detalles. Me descubro mordéndome el labio.

(08:09) ALAN: No, no me he molestado. Sí que me ha chocado, más cuando sabes que tengo novio, pero bueno, no pasa nada. Hagamos como que no ha pasado nada y punto.

Por supuesto, Oriol no responde. Debe de estar durmiendo, como todos los asistentes a la fiesta de anoche, menos yo. Yo no dejo de pensar en esa foto y en que, tal vez, la amistosa y cercana actitud de Oriol en la fiesta pudiera haberse debido a algo más. Tal vez sus intenciones no eran tan inocentes como pudiera parecer en un principio. A la vista está la prueba de que, en efecto, la actitud de Oriol buscaba dirigirnos en otra dirección; la foto que, como grabada en mis retinas, aparece cada vez que parpadeo.

Y es que, aunque nunca he querido a nadie como a Sam, hay cosas que echo en falta. Cosas como tomar el control en la cama, dominar a mi pareja, estar por encima, llevar la situación a mi terreno. Sam se niega a concederme aquello y, ahora, aparece Oriol. Oriol y esa foto, que me

deja claro, sin lugar a la mínima duda, que, con él, podría tomar ese rol dominante que tanto echo de menos desde que estoy con Sam.

Por supuesto, eso está fuera de toda discusión. Sam y yo estamos juntos. Somos una pareja. Somos fieles el uno al otro. Así que, por más que Oriol se insinúe, nunca irá más lejos que esto, una foto compartida en un arrebatado de excitación nocturna.

(08:22) ORIOL: Menos mal, pensaba que la había cagado. Estaba un poco cachondo anoche.

(08:23) ORIOL: Pero sí, vamos a hacer como que esa foto no existe. De momento.

Es toda una sorpresa ver a Oriol despierto a esas horas de la mañana. Tal vez él, como yo, no haya podido dormir esta noche. Tecleo una rápida respuesta, ignorando la última parte de su mensaje (¿de momento?):

(08:24) ALAN: ¿Qué haces despierto a estas horas, tío?

(08:25) ORIOL: ¿Y tú?

(08:25) ALAN: No podía dormir.

(08:25) ORIOL: ¿Y eso? ¿El calor? ¿O es por otra cosa?

(08:26) ALAN: No lo sé. El calor, sí, supongo.

(08:27) ORIOL: ¿Seguro que no es otra cosa lo que no te deja dormir?

(08:27) ALAN: Oriol, la foto que me has enviado antes no tiene nada que ver con mi insomnio, si es eso lo que me estás preguntando.

(08:28) ORIOL: No, si no lo decía por nada en particular. Yo, por ejemplo, no podía dormir porque me he pasado estas horas pensando en algo.

(08:29) ALAN: ¿En qué?

(08:20) ORIOL: ¡A ti te lo voy a contar! Nada, en cosas mías.

Seguimos conversando. Yo intento sonsacarle qué es lo que no le ha dejado dormir, con la leve sospecha de que, tal vez, yo tenga algo que ver. ¿Por qué, si no, me había enviado aquella foto? Le había gustado a Oriol, era eso. Y ahora él estaba en su cama, con toda seguridad pensando en mí, en los dos, haciendo de todo en aquella cama, desnudos, nuestros cuerpos entrelazados mientras yo domino su cuerpo y, él, sumiso, se deja hacer...

Procuro apartar esos pensamientos de mi mente tan rápido como puedo, antes de que la excitación que comienza a asomar en mí se vuelva demasiado poderosa como para poder contenerla. Respiro hondo para alejar a mi mente de ese lugar. Poco a poco, el calor se apaga. Vuelvo a la conversación con Oriol. Ha escrito un mensaje nuevo:

(08:22) ORIOL: Bueno, bonito, voy a ver si encuentro la forma de pegar ojo ni que sea diez minutos.

(08:22) ALAN: Muy bien. Yo voy a desayunar.

(08:23) ORIOL: Dale los buenos días a Sam de mi parte.

(08:23) ALAN: Aún duerme.

(08:24) ORIOL: Bueno, pues cuando se despierte.

(08:24) ORIOL: Nos vemos pronto. Besitos.

(08:25) ALAN: Nos vemos.

Definitivamente hay algo en las palabras de Oriol. Su actitud, aunque más modosa tras mi reacción a su fotografía, sigue siendo algo descarada. Me pregunto si su actitud sería la misma si estuviéramos hablando en persona y con Sam presente. Lo más probable es que no, aunque, en la fiesta, no me quitaba las manos de encima, estuviera o no Sam a nuestro alrededor. En la fiesta, la explicación de Sam fue que Oriol es cariñoso, pero, por muy cariñoso que uno sea, enviar fotos desnudo a alguien que acabas de conocer no es señal de mera amistad. Eso es evidente.

Entro en la cocina para aplacar el rugido de mi estómago y la sequedad de mi garganta. Mientras me bebo el café y mastico la tostada, procuro no pensar en la foto de Oriol. Decido que lo mejor que puedo hacer es borrarla, no solo para no caer en la tentación de volver a verla, sino también para evitar un posible momento incómodo con Sam si llegara a descubrir que estoy en posesión de aquella imagen. Para curarme en salud, selecciono la conversación con Oriol al completo y toco el icono del cubo de basura. Nuestras palabras se desvanecen sin dejar rastro, junto con la espalda desnuda de Oriol.

Suspiro. Son casi las nueve. No creo que Sam vaya a despertar hasta dentro de otras cuatro o cinco horas, como mínimo, de modo que me visto en silencio y abandono el piso. Deambulo por el parque, las manos hundidas en los bolsillos, dejando que los sonidos de la mañana me acaricien el rostro. El parque actúa como una barrera acústica; nada más poner un pie en él, el estruendo incesante del tráfico parece evaporarse por arte de magia, por lo que aquí puedo evadirme de veras.

Y, tal vez, me evado demasiado.

CINCO

Sam despierta bien pasado el mediodía. He pedido pizzas, que llegan justo cuando el hombre de ojos grises aparece por el comedor bostezando profusamente. Lo miro mientras se rasca, ausente, la entrepierna por debajo del torcido calzoncillo. Le sonrío antes de abrir la puerta y recoger la comida. Sam se sienta a la mesa y devora porción tras porción de la humeante pizza.

—Veo que tienes hambre —digo, divertido.

—Me muero de hambre. ¿Tú no?

—No mucho, la verdad —respondo, dándole un mordisco a mi primera porción de pizza mientras Sam está terminando ya con su tercera.

Comemos en silencio. Mi mente revolotea aún por la conversación ya borrada con Oriol. Cada vez que en mi ojo interno visualizo el cuerpo desnudo de Oriol, centro mi atención en Sam, el fino vello de su pecho apenas visible alrededor de los pequeños y rosados pezones. Debe darse cuenta de que le estoy lanzando intensas miradas, puesto que, con la boca llena de champiñones y queso, me pregunta:

—¿Qué pasa?

—Nada —respondo—. Solo te miro. Te has levantado con el guapo subido, ¿sabes?

—Qué idiota —dice Sam, pero veo que se sonroja un tanto. Yo sonrío. Mi corazón late por él, mis son ojos incapaces de centrarse en otra cosa que no sea su hermoso cuerpo, sus brazos, su mentón. Sus labios. Sus ojos. Todo él—. Voy a ducharme. ¿Quieres venir?

—No —digo con un contenido bostezo—. Qué va, no he pegado ojo, voy a acostarme.

—¿Y eso? —pregunta Sam.

—Insomnio —digo, encogiéndome de hombros. Sam se levanta y me besa, sus labios aún con sabor a queso y tomate.

—Bueno, pues descansa, mi amor.

—Sí... —digo mientras observo cómo Sam se despoja de los calzoncillos y, con un meneo de culo de un lado a otro, desfila hasta el cuarto de baño. Yo me muerdo los labios, y en mi mente pierdo el rostro entre sus nalgas. Pero solo en mi mente. Solo en mi mente...

Dejo que mis pies me arrastren hasta la cama y me sumerjo entre las sábanas. Me impregno del olor de Sam, ese olor tan suyo, tan cálido, tan dulce, tan único e indescriptible. Respiro lentamente para llenar mis pulmones de su olor, mis ojos cerrados, y poco a poco me alejo hacia las nieblas del sueño. Las sábanas se convierten en esponjosas nubes sobre las que surco hasta perderme en un profundo y plácido sueño y la voz de los dedos de Sam acaricia mi mente.

En mi sueño, el cuerpo desnudo de Sam se sienta sobre mí. Sus caderas se mueven en círculos y mi cuerpo se pierde en lo más profundo del suyo mientras él gime. El calor de sus ojos empapa mi rostro, mis manos se hunden en sus muslos, las suyas en mi pecho y nuestros cuerpos se vuelven uno.

Al borde de mi clímax, un zumbido en mi hombro me despierta con gran sobresalto. Abro los ojos. El cuerpo de Sam se disuelve en la oscuridad y, aturdido, con la visión borrosa, echo la mano al hombro, bajo el cual encuentro mi teléfono móvil. En la pantalla veo un nombre que desearía no haber visto: Oriol. Me acaba de enviar un mensaje:

(16:02) ORIOL: Ey, guapo. ¿Qué, has podido dormir algo?

Pongo los ojos en blanco y considero ignorarlo y tratar de rescatar el delicioso sueño que estaba teniendo. Sin embargo, el terrible cansancio que pesaba sobre mis párpados parece haberse esfumado de un plumazo, así que, sin nada mejor que hacer, abro la conversación con Oriol:

(16:03) ALAN: Ey. Pues me has despertado, capullo.

(16:04) ORIOL: Hostia, ¿en serio? Perdona.

(16:04) ORIOL: Es que estoy un poco aburrido, ¿sabes?

(16:05) ALAN: Ya... ¿Y qué piensas hacer?

(16:05) ORIOL: Pues se me ha ocurrido charlar contigo un rato.

(16:06) ALAN: ¿Conmigo? ¿Por qué quieres charlar conmigo?

(16:06) ORIOL: Yo qué sé, para conocerte mejor, ¿no?

(16:06) ORIOL: Eres el novio de uno de mis mejores amigos, tendré que conocerte.

(16:07) ALAN: ¿Y qué quieres saber?

(16:07) ORIOL: Hmmm, déjame pensar.

(16:08) ORIOL: Podrías contarme cómo fue aquello de descubrir de repente que eras gay. Me parece una historia fascinante.

(16:08) ALAN: Pero yo no soy gay, Oriol.

(16:09) ORIOL: Ah, ¿no? ¿Entonces eres bisexual? ¿Pansexual?

(16:10) ALAN: ¿Pansexual? ¿Qué coño es eso?

(16:10) ORIOL: No lo tengo muy claro, la verdad.

(16:11) ALAN: Bueno, que es igual. No soy gay, ni bisexual, ni pansexual. Estoy con Sam, lo quiero, me quiere, estamos bien. Ya está. No quiero ponerme más etiquetas de las necesarias, llámame raro.

(16:12) ORIOL: No es raro. Cada uno trata su sexualidad como quiere, a su manera.

(16:13) ORIOL: Oye, quería preguntarte algo.

(16:14) ALAN: Pues dime.

(16:14) ORIOL: ¿Te apetece venir a tomarte una birra esta tarde a mi casa?

(16:15) ALAN: Uf, no sé, tío. ¿Quién va a ir?

(16:15) ORIOL: Nadie, solo tú.

(16:16) ALAN: ¿Solo yo? ¿Cómo que solo yo?

(16:16) ORIOL: Sí, ya te he dicho que me apetece charlar contigo y conocerte mejor.

(16:16) ALAN: Pues, no sé...

(16:16) ORIOL: Anda, vente.

En este momento se abre la puerta del dormitorio. Desnudo, Sam se pasea hacia el armario. Su sexo se balancea alegremente. Yo lo miro, la boca se me hace agua, me relamo los labios.

—Mmmm, qué rico —digo con los ojos clavados en su entrepierna. Sam pone los ojos en blanco mientras saca un bañador del armario—. ¿Adónde vas?

—Nada, a la playa un ratito, que me ha dicho Iago que van a pasar la tarde. ¿Te quieres venir?

—Quita, quita. A la piscina, aún. Pero la playa...

—¿No tuviste suficiente piscina anoche en lo de Oriol? —repite Sam mientras la cabeza por el cuello de una camiseta de color esmeralda.

—Qué va, nunca hay suficiente piscina —digo. Cruzo las piernas y entrelazo los dedos tras la nuca. Sam se acerca a mí, coloca su cuerpo sobre el mío, besa mi frente, mis labios, me muerde un pezón y yo grito—. ¡Ay! ¡Cabrón, qué daño!

—¿Daño? Seguro que te has puesto un poquito cachondo.

—Bueno. Puede ser. Pero una cosa no quita la otra —digo y Sam hunde la mano en mi calzoncillo, donde mi sexo comienza a despertar. Sonreímos.

—Me gustaría ayudarte con eso —dice Sam—, pero Iago ya está abajo esperándome en el coche, así que, o te esperas a que vuelva, o tendrás que solucionártelo tú solito.

—Pues vaya... —repongo yo, mientras Sam me lanza un beso al aire y se marcha.

(16:23) ALAN: Oye, Oriol, que vale. Que me voy un rato. Pero solo porque tienes piscina, que conste.

Ataviado con mi bañador, una camisa de manga corta a medio abotonar y unas chancas, con una toalla al hombro y las gafas de sol ocultando mis ojos, bajo a la calle. El tórrido calor me abofetea de inmediato.

Entro en el coche y conduzco. Es el mismo camino que recorrí anoche con Sam a mi lado, solo que, esta vez, estoy solo. De día, la rotonda que da acceso a la urbanización Las palmeras parece resplandecer. La plateada fuente —envuelta de vegetación perfectamente podada y esculpida, y coronada con la estatua de un apolíneo joven se eleva sobre el tráfico— deja claro

que, al salir de esta rotonda, se entra en un lugar del todo distinto al resto de la ciudad.

Atravieso las calles salpicadas de grandes, cuadradas y relucientes casas, cada una con su gran jardín, cada jardín con su piscina, hasta llegar a la casa de Oriol. Aparco frente a su puerta y mi dedo presiona el timbre. Espero, manos en los bolsillos, balanceándome sobre las puntas de los pies, hasta que la puerta se abre y un sonriente Oriol —esta vez, vestido de arriba abajo— me recibe con los brazos abiertos.

—Alan, guapo —dice. Me rodea con sus oscuros y musculosos bíceps y me planta un sonoro beso en cada mejilla. Yo, algo aturdido, le devuelvo los besos. Mis manos se posan tan solo un momento sobre su espalda. La noto amplia y musculosa. Respiro hondo y su aroma me inunda. Similar pero distinto al de Sam, Oriol también huele fresco como el jengibre y dulce como la miel.

—Ey, ¿qué pasa? —respondo, separándome de su abrazo.

—No te esperaba tan pronto, sí que tienes prisa por mojar, ¿no?

—Por mojarme, dirás —respondo. Su sonrisa se ensancha.

—Sí, eso. Mojarte. Reflexivo —dice. Pongo los ojos en blanco. Empiezo a dudar de que esto haya sido una buena idea. Está claro que Oriol no parece dispuesto a dejar de lado su actitud descarada y coqueta.

—¿Te importa que vaya directo a la piscina? Me estoy asando con este puto calor —digo y comienzo a desabotonar los dos botones centrales de mi camisa, los únicos que he abotonado antes de salir de casa.

—Joder, ¿solo has venido por eso o qué? —dice Oriol, en una mal actuada expresión de ofensa.

—Ya te lo he dicho: solo he venido porque tienes piscina —respondo. Descubro mi espalda y la camisa pasa a reposar, doblada, en mi brazo—. Bueno, y porque me vas a dar una buena birra fresquita, ¿a que sí?

—Claro que sí. Una birra y lo que quieras —dice Oriol.

Ignoro este último comentario y me lanzó de cabeza a la piscina. El agua salpica por todas partes. El intenso y placentero frío penetra en cada poro de mi piel, que, atormentada por el intenso calor de este sol de agosto, parece gemir de gusto.

Durante unos minutos, me relajo en el agua fingiendo no percatarme de que Oriol me está comiendo con los ojos. Cuando la sed azota mi garganta, le recuerdo a Oriol que me había ofrecido una cerveza bien fría y el hombre desaparece al interior de la casa, para volver momentos después con sendas latas heladas. Las deposita sobre la mesa, a cobijo del sol gracias a la gran sombrilla abierta frente a ella. Doy dos brazadas en el agua hasta el borde de la piscina y me impulso para salir. Al ponerme de pie, mis ojos se cruzan con los de Oriol, que, con la punta de la lengua asomando entre los labios, me mira la entrepierna sin ningún tipo de pudor.

—Madre mía, Alan... —dice, una elocuente sonrisa en el rostro—. Ya veo que Sam está bien servido contigo.

—Tío, estás más salido que el pico de una mesa, ¿no? —respondo, mirando hacia abajo. La tela húmeda del bañador se pega a mi cuerpo casi como una segunda piel y marca al detalle la

forma de lo que guardo entre las piernas. Con las manos, intento separar el bañador de mi cuerpo para desdibujar las líneas curvas que traza mi sexo antes de sentarme frente a Oriol y dar un gran trago a la cerveza. Desciende por mi garganta y me llena poco a poco de un agradable y reconfortante frescor.

—Bueno, es lo que pasa cuando llevas casi un año sin llevarte nada a la boca. Ni a otros sitios —dice Oriol, que se encoge de hombros antes de beber de su lata de cerveza.

—¿Casi un año? ¿En serio? ¿Cómo es eso?

—Tuve una relación bastante agotadora. Durante meses, no me sentí con fuerzas de meterme en la cama con nadie. Pero desde que ha empezado el verano, estoy calentito todo el día, no sé. Aunque las veces que me he metido en Grindr y apps del estilo... joder. Hay cada bicho raro que no me fío, ¿sabes?

—¿Grindr? —pregunto con el ceño fruncido.

—Como un Tinder, pero de maricas —responde Oriol. Alzo las cejas y asiento—. Pero vaya, que ahí solo encuentro tíos que dan miedo y que no tocaría ni con un palo. Y yo lo único que pido es que un tiarrón me tire contra la cama y me reviente, joder. No es tanto pedir, ¿no?

—Sí que estás calentito, sí —digo, incapaz de vislumbrar por un momento la foto de Oriol en mis recuerdos.

—Por eso Sam me da envidia, porque, con ese pollón que parece que te gastas...

—Oriol, tío, para ya, ¿no? —digo, dejando la cerveza en la mesa—. ¿No ves que tengo novio? Deja de tirarme los trastos, macho.

—No te estoy tirando nada —responde él, serio—. Yo soy así. No tengo pelos en la lengua, ni ninguna vergüenza. Con vergüenza ni se come, ni se folla. Me gusta el sexo, Alan —añade, inclinado hacia adelante—. Me gusta que me follen y me gusta hablar de ello. Y me gusta hablar... con detalles.

—¿Sí? Pues... —empiezo, pero no sé bien qué decir. Me encojo de hombros y, en busca de algo que hacer, doy otro sorbo a la cerveza. Oriol, con una amplia sonrisa, se acerca más a mí.

—Sí... Digamos que soy un poco putita en la cama, ¿sabes? Bueno, en la cama y fuera de ella, para qué engañarnos.

—Ya...

—¿Sam también es como yo? —pregunta. Su mano roza mi rodilla. Yo se la aparto de inmediato y su sonrisa no hace más que crecer.

—No. O sea, no te voy a hablar de nuestra vida sexual, tío. —Oriol ríe.

—O sea que no. Así que tú eres el pasivo en la relación, ¿eh?

—Ya te he dicho que no voy a... —Doy un respingo al notar la mano de Oriol agarrar con firmeza mis huevos—. ¿Qué coño haces?

—Nada —responde él, su mano aún en mi entrepierna.

—Puedes... ¿soltarme los huevos, por favor?

—Sí, claro —dice. Su mano se posa en mi muslo, su rostro tan cerca del mío que casi noto su

aliento—. Entonces, ¿es eso? ¿Eres el pasivo en tu relación?

—Tío... —empiezo a decir, pero Oriol me interrumpe.

—Pues qué desperdicio, porque, si fueras activo, con la talla que calzas, te pediría que me rompieras el culo ahora mismo.

Realmente no tengo excusa. En lo más profundo de mi cerebro, sé que esto está mal. Pero, ahora mismo, no es mi cerebro quien manda. Es otra parte de mi cuerpo. Y esa parte me pide abalanzarme sobre los labios de Oriol y devorarlos como el león que, tras días sin nada que llevarse a la boca, se topa en el camino de un infeliz antílope.

Una furiosa electricidad estalla dentro de mis venas y anula toda fuerza de voluntad hasta exacerbar un deseo animal que me lanza de lleno contra esos labios gruesos y húmedos que me besan como si nunca hubieran besado a nadie antes. Su cuerpo se funde con el mío mientras me presiono contra él. Sus manos exploran mi torso desnudo, aún ligeramente húmedo tras la piscina, y descienden a mi entrepierna, dura y envuelta en intensas cosquillas que el roce de sus dedos no hace más que acentuar.

—Vamos dentro —dice Oriol, que tira de mi bañador para guiarme al interior de su casa. Cruzamos el comedor y llegamos a su dormitorio, donde una grandiosa cama espera a ser testigo de cómo nuestros cuerpos se exploran y se deleitan el uno con el otro.

Con sus nalgas en mis manos, beso el cuello de Oriol. Noto su polla dura presionada contra la mía y el calor de nuestras erecciones nos empuja a comernos con mayor frenesí. Mientras mis dedos se deslizan bajo su ropa, la piel de sus nalgas besa mis manos y sus dedos se entretejen en el vello de mi pecho. Nuestras lenguas bailan hasta que su saliva se convierte en la mía.

Le lanzo una mirada con la que transmito, sin palabras, lo que deseo. Él sonríe. Me besa el pecho, su lengua me lame los pezones, que se endurecen y se me eriza hasta el último vello del cuerpo. Un jadeo separa mis labios mientras Oriol desciende despacio, besando y lamiendo mi abdomen. El húmedo rastro de su saliva me abraza en placenteras cosquillas.

Se agacha frente a mí y, antes de bajarme el bañador, busca mis ojos. Los encuentra expectante. Sus manos tiran de la ropa que me cubre la erección para liberarla, y veo el rostro de Oriol clavarse en mi polla. Se muerde los húmedos labios y su mano se dirige, sin perder tiempo, a mi grosor.

—Joder... —musita él, sonriendo. Se relame mientras masturba mi magnitud con la presión exacta para que de mi piel se desprendan agudas centellas de placer. Yo lo observo, su mano envuelta alrededor de mi erección, sus labios me besan los muslos, y mi mano busca su cabeza para guiarla a donde deseo que se dirija en este momento.

Su lengua encuentra mis huevos y me estremezco. Mis músculos se tensan, mis ojos se cierran, mis dedos se hunden en el cabello de Oriol. Empujo su cabeza hacia arriba mientras siento su lengua abandonar mis cojones y conocer, al fin, mi erección. Siento la calidez de su lengua al explorarme y avanzar, muy lentamente, desde la base de mi polla hasta alcanzar la cabeza. Clava sus ojos en los míos y abre la boca, en la que acoge a mi polla, que tiembla de placer. Mis caderas acompañan los suaves movimientos del cuello de Oriol mientras mi longitud se oculta tras esos labios. Aquella lengua suya me regala un placer tan intenso que creo que mi clímax se aproxima.

Pero no deseo que acabe tan rápido. Aparto su cabeza de mi rigidez y él se deshace de toda su

ropa antes de tumbarse boca abajo y de espaldas a mí sobre la cama. Arquea la espalda para ofrecerme su terso culo. Yo no pierdo el tiempo. Me agacho frente a él, entre sus piernas separadas, y mis manos acarician sus deliciosas nalgas. Mi rostro, titubeante, se aproxima a ellas. Beso una, después la otra. Respiro hondo antes de separar sus nalgas con las manos, y vislumbro por primera vez su rosado orificio, que parece esperar ansioso a que me ocupe de él.

Hundo el rostro entre sus nalgas. Oriol comienza a gemir de inmediato a causa del áspero roce de mi barba combinado con la suavidad de mi lengua, que le ofrece largas y deliberadas caricias que dejan un rastro de saliva tras de sí. Siento el intenso calor de su agujero contra la lengua, un curioso dulzor que invade mi boca, un leve aroma que inunda mi nariz y lanza un poderoso estímulo a mi rabo, que parece saltar y cobrar vida propia.

Mi lengua se abre paso a través de su entrada. Oriol retuerce las piernas, arquea la espalda, gime, jadea, pide más. Le doy más. A mi lengua le acompaña un dedo que se cuela en su interior y siente la cálida estrechez de su cuerpo. Encuentro, con la yema del dedo, una parte de sus entrañas que se siente más dura, lisa y cálida que el resto. La presiono y un intenso grito de Oriol me indica que he dado en el clavo. Mi dedo sigue presionando y masajeando esa zona con movimientos circulares y Oriol, entre poderosos espasmos, gime, grita, se retuerce, pega puñetazos al colchón, enloquece. Mi dedo y lengua exploran insistentes sus entrañas y su orificio no hace más que dilatarse. Pide más.

—Dios... joder... ah... —gimotea Oriol, presa del cegador placer, mientras llevo dos dedos a su interior. Entran y salen despacio, acariciando por su paso su próstata. Mi polla comienza a salivar a causa de los intensos e incesantes gemidos que mis dedos le otorgan a Oriol.

Comienzo a masturbarme mientras mis dedos y lengua se deleitan con su culo. Oriol echa la mirada hacia atrás por encima del hombro para encontrar mi cabeza hundida entre sus nalgas. Sus dedos se cierran con poderosa decisión en mi cabello y empujan mi rostro más profundamente en él. Mi respiración se corta por un momento, pero mi cuerpo no necesita respirar. Necesita devorar con mayor avidez ese delicioso agujero.

—Joder... —jadea Oriol mientras yo alejo el rostro de su culo para coger aire—. Fóllame, Alan. Quiero que me folles.

—Vale —suspiro yo mientras Oriol me pasa un preservativo y se coloca a cuatro patas en el centro de la cama. Tras ponerme el condón, me encaramo detrás de él. Mi enrojecida erección se aproxima a su dilatada y lubricada entrada, que espera, temblando, a recibir mi cuerpo.

La punta de mi erección acaricia su entrada y, con un suave empujón, observo cómo mi polla entra en el cuerpo de Oriol. Siento su estrechez, tan caliente que parece imposible, apretarse contra mi grosor. El fuego penetra mi cuerpo mientras mi polla avanza entre los alentadores gemidos de Oriol, que comienza a mover su culo en amplios círculos que masajean mi polla mientras sigue adentrándose en él.

El calor y la estrechez me hacen gemir. Me desplomo sobre él para dejar que reciba mi rigidez completa, hasta el fondo. La siento perderse en su cuerpo, que, entre espasmos, temblores, gemidos y gritos, acepta el placer que le entrego. A cambio, él me entrega las más intensas oleadas de gozo que he sentido.

Mis caderas se mueven a un compás tímido y lento mientras mi erección se desliza a través de su agujero. Sus caderas me acompañan y, en sincronía perfecta, nos movemos. Mis caderas, a la vez que las suyas, aceleran el ritmo, los movimientos se tornan más deliberados, más confiados,

más rudos, más intensos, más poderosos, más urgentes, más potentes. Mi polla se entierra en sus entrañas, mis huevos chocan contra los suyos, mis muslos chasquean con fuerza contra sus nalgas. Gimo en su oído, le tiro del pelo y veo su rostro, desencajado por el inmenso placer que le estoy entregando. Le lamo la oreja mientras comienzo a embestirle con mayor furia. Sus gritos me inundan el cerebro. Me pide más. Más rápido. Más fuerte. Más adentro.

El sudor baña mi cuerpo y resbala al suyo, su piel adquiere un resplandeciente tono dorado. Mi cuerpo entero se tensa mientras sigo empotrándole, y la cama emite lastimeros quejidos al recibir ella también parte de las arremetidas que mi polla le propina al agujero de Oriol. Él, lejos de sentirse saciado, sigue reclamando más.

—¡Dios! —grita—. ¡Sí, sí, sí! ¡Más fuerte, fóllame más fuerte! ¡Joder!

Mis caderas adquieren una velocidad tal que los chasquidos de mi carne contra la suya se convierten en un atronador golpeteo que lo invade todo a nuestro alrededor. Me ciega el placer, mi respiración se entrecorta, el sudor cae con profusión de mi frente, mi pecho y mis axilas, pero no me detengo. Mantengo este frenético ritmo con el que mi rabo destroza el agujero de Oriol, que no deja de gemir, enloquecido.

—Me voy a correr... —suspiro en su oído cuando siento el inconfundible cosquilleo que nace en mis huevos y comienza a ascender a mi tensa erección.

—Espera —dice él. Se aparta de mí y mi polla abandona su cuerpo. Oriol se da la vuelta y queda boca arriba. Me quita el condón y, masturbándome con las dos manos, me lleva al clímax.

Las estrellas me cubren los ojos. El hielo y el fuego me lamen el cuerpo. El frío sopla para avivar el calor de mi piel. Mi cuerpo se deshace, dejo de existir y me convierto en placer. En espasmos. En cosquillas. En aire. En el interminable reguero que mi polla dispara y con el que riega el cuerpo de Oriol.

Me desplomo sobre él. Su sudor, mi sudor, mi orgasmo, todo se funde y baña nuestros cuerpos. Me besa la frente.

Y la realidad me golpea.

SEIS

Aun con el incontenible temblor de mis brazos y piernas, me aparto de Oriol, que, embadurnado en mi orgasmo, mi sudor y el suyo, añade a la mezcla su clímax. Le doy la espalda. Cubro mi desnudez con el bañador que, minutos antes, he permitido que Oriol me arrancase. Con la vista nublada, abandono el dormitorio, casi sin oír siquiera las voces de Oriol que me llaman. Llego a la piscina y me tiro al agua, donde los restos de mi terrible error se desprenden de mi cuerpo. Salgo del agua, seco mi cuerpo, Oriol, desnudo, embadurnado todavía en nuestros fluidos, me encuentra.

—Alan, ¿qué pasa?

—Esto no tenía que haber pasado —dice mi temblorosa y ronca voz—. ¡Joder, Oriol! ¡Joder!
—Es todo lo que soy capaz de decir.

—Alan...

—¡No! —grito—. Oriol, no, déjame. No quiero volver a verte. Si no me hubieras calentado de esa manera...

—¿Perdona? —exclama Oriol, arqueando las cejas—. Si tú no hubieras querido hacer nada, no habría pasado nada. No te he obligado a nada, ¿sabes, Alan?

No respondo. Cubro mi torso desnudo con la camiseta. Miro a Oriol, buscando qué decir, pero no encuentro las palabras.

—Mira... —digo—. Me voy. Me voy y no quiero volver a saber nada de ti, ¿me oyes?

—Lo que tú digas —dice él.

Me doy la vuelta y, tan rápido como mis agotadas piernas me permiten, abandono la casa de Oriol, en dirección al coche. Arranco y, sin mirar atrás, abandono la dichosa urbanización. Conduzco de regreso a la ciudad mientras mi mente, enloquecida, regresa a ese momento en la cama de Oriol cuando mi cuerpo y el suyo eran uno. Al mismo tiempo, veo el rostro de Sam, y una terrible punzada me atraviesa el corazón, que late, desbocado, consciente del terrible error que he cometido. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo he podido ceder tan fácilmente? ¡Joder!

Conduzco hasta llegar al parque. Aparco, me apeo, cruzo el camino de tierra, mi corazón hundido en el estómago. Llego al portal. El ascensor me lleva al cuarto piso. Abro la puerta.

—¿Cariño? —dice mi temblorosa voz. Pero no recibe respuesta. Todavía no ha vuelto de la playa. Mejor. Así tendré tiempo, espero, de tratar de calmar la angustiada inquietud que me muerde el corazón. Mi labio comienza a temblar y las lágrimas se acumulan en mis ojos. Cierro los puños, respiro hondo. Exhalo, pero la ansiedad no mengua. Lejos de ello, noto que la presión en el pecho no hace más que tornarse más insoportablemente pesada y la noto astillarme las costillas, perforarme el corazón, que sangra, culpable, por lo que he hecho.

Por un momento considero guardarlo para mí. Tener esto como el vergonzoso secreto que me llevaré a la tumba. Pero no puedo hacerle eso a Sam. Necesita saber la verdad y tengo que ser yo

quien se lo diga. Y tengo que decírselo cuanto antes.

Mis manos comienzan a temblar cuando me siento en el sofá. Los latidos de mi angustiado corazón resuenan en mis oídos. Saco el teléfono móvil de mi bolsillo y, tras intentar desbloquearlo sin éxito dos veces, a la tercera logro abandonar la pantalla de bloqueo y tocar el icono del teléfono. ¿A quién quiero llamar? ¿A Sam? ¿Para qué, para contárselo todo por teléfono? No. Esa es una conversación que debemos mantener en persona. En lugar de eso, mi dedo pulsa otro nombre.

—Ey, Alan, tío, ¿qué pasa?

—Raül... —gimotea mi rota voz, espesa, temblorosa, para nada familiar.

—¿Alan? ¿Eres tú?

—Sí. Soy yo.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—No, no estoy bien.

—¿Necesitas ayuda? —dice Raül al otro lado del teléfono, una aguda nota de urgencia en sus palabras.

—No sé quién puede ayudarme, la verdad.

—A ver, a ver —repite él—. Vamos a rebobinar. Primero de todo, cuéntame, ¿qué es lo que te ha pasado, macho? ¿Va todo bien?

—He hecho una cosa terrible —admito.

—¿Qué has hecho?

—Ven —digo—. Por favor, ven a casa.

—Tardo cinco minutos —responde antes de despedirse de mí y finalizar la llamada.

Yo espero sentado, meciéndome adelante y atrás mientras me sujeto las rodillas. Las imágenes del cuerpo desnudo de Oriol rebotan estridentes ante mis ojos para atormentarme y acelerar mi corazón que ya late sin control.

Los cinco minutos pasan como una eternidad, pero, al fin, el timbre me fuerza a levantarme y a abrirle la puerta a Raül, que sube las escaleras de dos en dos hasta encontrarse en el rellano conmigo. Debo de tener un aspecto de lo más lamentable, pues palidece al verme.

—Tío... —musita Raül—. ¿Qué te pasa?

Con un sollozo, me lanzo a los brazos de Raül y las lágrimas empiezan a brotar. Sus brazos presionan mi cuerpo, y su calor me reconforta un tanto, lo suficiente como para lograr detener el reguero de mis ojos y respirar hondo.

—Soy un puto gilipollas —sollozo mientras nos sentamos en el sofá.

—¿Me quieres contar ya qué ha pasado? Me estás asustando, macho.

Mis temblorosos labios relatan la historia de la fiesta, de Oriol, de la foto y la conversación por WhatsApp. Narran mi visita a su casa. Cómo se me ha insinuado y cómo mi cerebro se ha apagado y mi puta polla ha tomado el control de mí y me ha llevado a hacer lo único que no

debía haber hecho.

—Joder... —dice Raül, que parece incapaz de dar con las palabras adecuadas.

—Soy un imbécil, un puto imbécil —me hostigo.

—Tío —replica mi amigo—, esta actitud no te va a ayudar en nada. La has cagado, sí, la has cagado pero bien, pero victimizarte no te va a servir de nada, tío.

—¿Qué hago? —suplico.

—Tendrás que contárselo a Sam, ¿no?

—Joder... Me cago en la puta...

—Si no se lo cuentas tú, puede que se lo acabe contando el tal Oriol —dice Raül. Y sé que tiene razón. Ya sé que debo decírselo, ese no es mi dilema.

—Me va a matar. Lo voy a destrozar... —gimoteo entre sollozos—. Joder...

—Tú intenta explicárselo con calma, Alan —dice Raül—. Aunque, la verdad... la cosa está chungueta. Es que, ¿cómo se te ocurre, macho? ¿No te acuerdas de cómo te sentiste cuando descubriste que Sara te había hecho esto mismo?

—¿Te crees que no lo sé? ¿Que no me he dado cuenta de que, justo lo que me hizo ella, se lo he hecho yo ahora a Sam? Soy un mierdas. Cuando Sam llegue a casa, hablaré con él. No se lo endulzaré. Lo confesaré todo. Y, si me deja, que es lo que yo haría en su lugar, me lo habré buscado yo solo.

—Bueno, ya sabes que yo estoy aquí para lo que sea.

—Sí. Lo sé. Muchas gracias, tío —sollozo, abrazándolo una vez más.

Las horas pasan eternas mientras espero a la llegada de Sam. El sol se pone y aún no hay rastro de él. En mi mente me imagino que Oriol lo llama, le informa de lo ocurrido, y Sam, iracundo y traicionado, decide ni siquiera volver a casa. Abandonarme para siempre. Un escalofrío me apuñala la nuca solo de pensarlo y, aunque procuro mantener la calma, mi respiración se vuelve irregular, torpe, inútil, mis pulmones incapaces de saber qué demonios hacer con el aire que recogen. Siento que me asfixio, me llevo las manos al cuello, que parece estrangular mis vías respiratorias. Por más bocanadas de aire que tome, mi cuerpo no logra captar ni una partícula de oxígeno.

Las palmas de mis manos sudan como ríos, mi pierna sufre un tic nervioso y tiembla incontenible, mi interior entero se deshace entre dolor, frío, miedo. Ira, conmigo mismo, por traicionar a la persona que quiero. Por mi cabeza pasan los recuerdos de Sara, del insoportable dolor que sentí en mi corazón cuando me dejó. Del frío que quedó en mí cuando descubrí por qué me había dejado. Y yo ahora he hecho lo mismo, aun a sabiendas de la casi incurable herida que ello le causa al corazón.

Oigo la llave tintinear en la cerradura. El sonido reverbera en mis oídos y congela mi cerebro. La puerta se desliza con suavidad y mece el aire, hasta ahora inmóvil, en una imperceptible brisa que se arremolina a mi alrededor. El sonido de los pies al entrar Sam en el recibidor me abofetea el rostro. Mi corazón sangrante estalla, incapaz de soportar la tensión. El terror absoluto se apodera de mí al ver el rostro sonriente del hombre de ojos grises mientras se adentra en el comedor. Yo, desde el sofá, tiemblo.

—Cariño, ya estoy... —comienza a decir, pero su voz se corta de inmediato al verme la cara—. ¿Qué pasa? —pregunta, palideciendo un tanto. Mi expresión debe de ser de un más absoluto dolor y terror, puesto que una inmensa preocupación nace en los ojos de Sam. Todo su calor se apaga. Me balanceo hacia a delante y hacia atrás en el sofá mientras Sam corre hacia mí y se sienta a mi lado. Su mano se posa en mi rodilla.

—Sam... —gimoteo. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Mi amor, ¿qué te pasa? ¿Ha pasado algo?

—Me... me... me he equivocado. Sam, me he equivocado.

—¿Te has equivocado? ¿Qué has hecho? —insiste, su mirada clavada en mi tembloroso labio.

—Anoche... —suspiro—. Anoche estuve hablando con Oriol.

—Vale... —dice Sam, con una ceja arqueada.

—Me envió una foto, así, de la nada.

—¿Qué foto? —inquieta el hombre de ojos grises.

—Yo no se la pedí, fue él, sin ton ni son...

—¿Qué foto te envió, Alan?

—Era una foto suya. Estaba desnudo.

—¿A lo mejor te la envió por error?

—No —digo—. Era para mí...

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué hiciste tú, Alan?

—Nada. Borré la conversación y me fui a dormir. Pero... hace un rato... cuando tú te has ido a la playa...

—Alan, no me gusta adonde va esto... —musita Sam—. ¿Qué ha pasado mientras yo estaba en la playa? ¿Por qué llevas puesto un bañador? ¿No te ibas a quedar en casa?

Yo niego despacio con la cabeza y las lágrimas por fin vencen a mi fuerza de voluntad. Caen, amargas, por mis mejillas, regando mi barba, donde se pierden de vista. Sam suelta mi rodilla. Creo que ya se imagina lo que ha pasado. Es inteligente, puede unir los cables. Aun así, tengo que decírselo. Tengo que pronunciar las palabras.

—He ido... he ido... a casa... He ido a casa de Oriol —logro decir entre sollozos. Sam cierra los ojos y respira hondo. Su rostro palidece aún más, tanto que me preocupa que pueda perder el conocimiento de un momento a otro.

—Has ido a casa de Oriol —repite Sam—. ¿Y qué has hecho, Alan? ¿Qué ha pasado en casa de Oriol?

—Lo siento mucho... no sé lo que me ha pasado...

—¡Joder! —exclama Sam—. ¡Dímelo! ¿Qué habéis hecho Oriol y tú?

—Nos hemos... nos hemos acostado juntos...

Sam me mira. No parpadea. No se mueve. No dice nada. Tan solo me mira. El calor de sus

ojos me abrasa y su rostro recobra algo de color. Abre la boca, la cierra de nuevo. Se muerde la lengua, la chasquea.

—¿Por qué? —pregunta, su voz apenas una sombra.

—¿Qué? —digo yo.

—¿Por qué me has hecho esto, Alan? ¿Es que no me quieres o qué es lo que pasa?

—No, Sam, claro que te quiero. Te quiero más que a nadie.

—Bonita forma de demostrarlo —espete, poniéndose en pie y dándome la espalda.

—Sam, lo siento, de verdad que lo siento mucho. He sido un gilipollas, no sé por qué lo he hecho, no era yo...

—Oh, no, no eras tú, era el vecino —suelta Sam, hombros temblorosos. Creo que está llorando—. Claro que eras tú, no me jodas. Lo has hecho tú, y lo has hecho porque has querido hacerlo. Estas cosas no se hacen «sin querer», Alan.

—Tienes razón —musito—. No se hacen sin querer. Pero...

—Pero nada, Alan —dice Sam. Se da la vuelta, y puedo ver sus enrojecidos ojos anegados en lágrimas. Hago ademán de acercarme a él y limpiarle las lágrimas, pero Sam da un paso atrás, las manos en alto—. No me toques. Quédate ahí. No... no quiero que me toques, Alan.

—Pero, Sam, cariño...

—Cariño... —repite él, masticando la palabra con asco.

—Te quiero —susurro y Sam suelta una forzada y fría risa que me rompe el corazón.

—Si me quisieras, Alan, no habrías hecho eso. Si me quisieras, no habrías traicionado mi confianza en ti. Si me quisieras, no te habrías cargado lo nuestro.

—No, por favor, Sam —digo—. Perdóname, solo ha pasado una vez y te prometo que no volverá a ocurrir.

—Eso no puedo saberlo —dice él mientras se seca las lágrimas—. Lo has hecho una vez, así que nada te impide repetirlo.

—Sam...

—Alan, vete.

—¿Qué?

—No puedo seguir contigo después de esto. Recoge... —solloza— recoge tus cosas y vete.

—Pero...

—¡Que te vayas!

Y me voy. Sam me deja el tiempo justo para recoger cuatro prendas de ropa, que meto presurosas en una bolsa de tela, mi teléfono móvil y las llaves del coche —las del piso se quedan en la palma tendida de su mano— antes de cerrarme la puerta en los morros. Lo oigo sollozar al otro lado y mis sollozos acompañan a los suyos. Por un momento quiero llamar a la puerta, echarla abajo a golpes y rogar el perdón de Sam, aunque sé que, en todo caso, eso no sería sino contraproducente.

—Adiós, Sam —susurro, tan bajo que dudo que llegue a oírme—. Lo siento mucho. Espero que puedas perdonarme algún día.

A través de la puerta, oigo pasos que se alejan y se llevan consigo el llanto de Sam. Seco mis mejillas y, con la pequeña bolsa con ropa sujeta en mi mano, tomo las escaleras hasta la planta baja. Mientras desciendo, siento que me fallan las rodillas, me tiembla el pecho, me duele la cabeza. Tengo las manos y los pies fríos y los labios secos.

¿Qué voy a hacer ahora? ¿Volver a casa de mi madre, como cuando Sara me dejó? No. No puedo hacer eso. Necesito encontrar otra opción. Por supuesto, mi primera idea es Raül. Él es el único que sabe al menos parte de lo que ha pasado y también el único que no me juzgará ni hará preguntas. Sin embargo, también sé que Raül no puede acogerme. Ni él ni ninguno de mis amigos, en realidad.

Así, con mi madre y mis amigos descartados, solo me quedan dos opciones: pasar la noche en la calle o hablar con... Oriol. Desbloqueo el teléfono móvil y escribo en la pantalla:

(18:49) ALAN: Sam me ha echado de casa.

(18:51) ORIOL: ¿Qué dices? ¿Y eso?

(18:51) ALAN: ¿Cómo que «y eso»? ¿A ti qué coño te parece?

(18:52) ORIOL: ¿Le has... contado lo nuestro?

(18:52) ALAN: No hay ningún «lo nuestro», Oriol, no te montes películas. Pero sí, le he contado que nos hemos acostado.

(18:53) ORIOL: Dios, eres imbécil de remate.

Miro a la pantalla, sin dar crédito a lo que leen mis ojos. ¿Qué cojones se ha creído este hijo de puta? Es por su culpa que Sam me ha echado de casa. No... No, no es verdad. Es por mi culpa. Mi culpa y solo mía. Pero aun así, ¿con qué derecho se cree para hablarme así?

(18:54) ORIOL: Bueno, ¿y qué piensas hacer?

(18:55) ALAN: Yo qué sé, macho.

(18:55) ALAN: Ahora estoy yendo para el coche. A lo mejor me toca pasar la noche ahí.

(18:56) ORIOL: ¿Qué dices? ¿No tienes ningún colega que pueda echarte un cable?

(18:56) ALAN: Ninguno tiene sitio en sus casas para alojarme.

(18:56) ORIOL: ¿Y tus padres?

(18:57) ALAN: No voy a volver con mi madre.

(18:58) ORIOL: ¿Te puedo llamar?

(18:59) ALAN: Sí, no sé. Supongo.

Escasos segundos después de enviar mi respuesta, el teléfono comienza a vibrar en mi mano. Una ventana desciende desde la parte superior con el nombre de Oriol y dos botones. Pulso el verde y me llevo el aparato al oído.

—Ey —digo, mi voz ronca y afectada.

—A ver —dice Oriol al otro lado de la línea—. Cuéntame bien qué ha pasado.

—Pues lo que te he dicho. Le he contado que hemos follado y, obviamente, se ha cabreado. Comprensible. Le he rogado, le he pedido perdón, de todo. Pero nada, me ha echado de casa prácticamente con lo puesto —explico, y lanzo una mirada a la escuálida bolsa de ropa que he tenido tiempo de llevarme del piso antes de que Sam me obligara a salir de él a patadas.

—Joder —suspira Oriol—. Bueno, pues, yo qué sé, vente aquí.

—¿Qué dices? Ni de coña.

—Alan, no vas a dormir en el coche, ¿estás tonto? —dice Oriol—. Ya has visto mi casa, es grande y vivo solo. Tengo sitio de sobras.

—Que no, Oriol. La última persona a la que quiero ver ahora eres tú, ¿no te das cuenta? Si no te hubiera conocido, nada de esto habría pasado.

—Éramos dos follando, no solo uno, ¿eh? Tú también querías, no te he obligado a nada —se defiende Oriol. Yo suspiro.

—Tienes razón, sí. Pero de todas formas..., no sé. No sé si puedo fiarme de ti.

—¿Fiarte de mí? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Yo qué sé, Oriol. Yo qué sé.

—Mira, Alan. Tengo cinco habitaciones muertas de la risa en mi casa. Y, si no quieres hablar, no hablaremos. Si no quieres verme, no nos veremos. La casa es grande, tendrás un baño y una habitación para ti solo. Apenas me verás, será como si vivieras por tu cuenta.

Guardo silencio.

—Joder... —digo al fin.

—Por lo menos esta noche, anda. No quiero que estés en la calle. Si quieres, mañana te vas. O cuando hayas encontrado otro sitio. Pero ven a dormir aquí esta noche. Me quedará más tranquilo.

—Bueno.

—¿Eso es un sí?

—Sí, venga. Pero solo hasta que encuentre otro sitio, ¿eh?

—Sí, sí, claro.

—Y te pagaré el alquiler de la habitación —digo.

—No me vas a pagar una mierda —dice Oriol—. No quiero que me pagues, somos amigos, coño.

—Bueno, amigos... —repongo yo—. Apenas nos conocemos.

—Nos conocemos lo suficiente como para saber que eres un buen tío. Anda, vente para acá.

—Ya voy —digo y cuelgo el teléfono. Suspiro y alzo la vista hasta el cuarto piso. Se me encoge el corazón al ver que, en el balcón, la esbelta silueta de Sam escruta la calle. Una lágrima baña mi rostro, mis ojos incapaces de apartar la mirada de la forma de ese cuerpo, apenas visible desde aquí, pero que es tan claramente él.

Me obligo a dejar de mirar y, con una horrible sensación de ahogo que me rodea el cuello, arranco el coche y conduzco, dejando a Sam atrás. A medida que me alejo, mi cabeza da mil vueltas a ideas descabelladas para lograr que me perdone y devolver las cosas a como estaban antes de conocer a Oriol.

SIETE

Apenas han pasado unas horas y ya vuelvo a este lugar. El coche se detiene, silencioso, frente a su puerta, pero mis manos siguen aferrando el volante con una fuerza tal que mis nudillos emblanquecen y siento que se me entumecen los dedos. Mi pie sigue clavado en el embrague, como si mi cuerpo deseara volver a poner en marcha el vehículo y largarse de allí. Porque, realmente, ¿quiero ver a Oriol, justo ahora? No lo creo. No lo sé. Tal vez.

Permito que mi pie se relaje y se olvide del embrague, que mis dedos liberen el volante, y la sangre vuelve a circular hasta mis frías yemas. Quito la llave del contacto, pero todavía soy incapaz de salir. Salir sería aceptar que lo que ha ocurrido ha sido real, que las consecuencias son reales, que mi mundo se ha caído y hecho trizas ante mis ojos. Y que soy el responsable de todo ello.

No me queda otra. Tengo que asumirlo: tengo la culpa. Ha pasado. No hay vuelta de hoja. Ya está. Solo me toca sobrellevarlo lo mejor que pueda y esperar que, con el tiempo, Sam pueda llegar a perdonarme. Dejo que mi mano abra la puerta del coche. Mis pies pisan el asfalto, aún ardiente a pesar de que los últimos rayos del sol ya se han perdido tras el horizonte.

Llamo al timbre. De inmediato, la puerta se abre. Oriol, sin camiseta, me recibe, su mirada entristecida. Reprimo el impulso que nace en mi interior de asestarle un puñetazo que le hunda el rostro y, cuando sus brazos me rodean, yo me dejo hacer, impasible, a la espera de que termine cuanto antes.

—No sabes cuánto lo siento, de verdad.

—Sí, claro —suelto con un resoplido.

—De verdad. Pensaba, no sé, que erais una pareja abierta o algo así. Si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, te me habrías tirado al cuello de todas formas —aventuro. Él no responde, con lo que no hace más que darme la razón.

—Ven, te acompaño a tu habitación. Te he hecho la cama y te he preparado cuatro cosas para que estés más cómodo.

Sin decir nada, sigo a Oriol al interior de la casa. Cruzamos el enorme salón, subimos unas escaleras que nos dejan en un amplio rellano con un gran ventanal a través del cual tengo una vista clara de la piscina. Sus aguas se mecen lentamente por la suave brisa que se levanta. Giramos a la izquierda, la mano de Oriol empuja una puerta, que, silenciosa, se abre.

La habitación es casi tan grande como el comedor del piso que compartía con Sam. Está perfectamente equipada; una gran cama de matrimonio de aspecto mullido. Un armario empotrado, que abarca una pared entera. Un escritorio. Hasta tiene sofá y televisión. A falta de una cocina y un cuarto de baño, esto es más un estudio o un pequeño apartamento y menos un mero dormitorio.

—Vaya —me encuentro diciendo—. Está... está muy bien.

—Estás en tu casa —dice Oriol. Su mano me aprieta el hombro—. ¿Quieres que te ayude con

tus cosas?

—Estas son mis cosas —respondo, y alzo la mano en la que sostengo la triste bolsa de tela. Oriol arquea las cejas, parpadea lentamente, pero no hace ningún comentario al respecto—. No necesito ayuda.

—Bueno, pues... si necesitas cualquier cosa, suelo estar abajo, en el salón.

—Vale —digo. Oriol me lanza una mirada como si quisiera decir o hacer algo más, pero, tal vez por el aspecto duro de mi semblante, prefiere limitarse a abandonar el dormitorio y dejarme solo entre estas cuatro paredes.

Oigo la puerta cerrarse en silencio. Suspiro. Cierro los ojos. La mano que estruja mi corazón se ensaña con él, el dolor casi insoportable. Dejo caer al suelo la bolsa con mis cosas. Me siento en el borde de la cama. Parece una nube. Suave, acolchada, fresca. Permito que mi espalda conozca el colchón, subo los pies a la cama, me estiro en el centro. Los ojos, ardientes, se clavan en el techo, brazos y piernas extendidos. Suspiro. Suspiro. Suspiro.

Y, todas al unísono, las lágrimas se agolpan en mis ojos. Los cierro, tratando de luchar contra ellas, pero es una batalla perdida. Violentas convulsiones invaden mi pecho y me arrancan dolorosos sollozos mientras las lágrimas brotan, escapan por la rendija que forman mis párpados, resbalan por mis mejillas y se encuentran con la cama. La mano que me estruja el corazón parece alimentarse de la sal de mis ojos, puesto que, cuantas más lágrimas huyen de mi alma, con mayor sadismo aprietan esos gélidos dedos mi corazón. El dolor me arranca nuevas lágrimas, más calientes, más saladas, que alimentan a la mano en un círculo vicioso que parece no tener fin.

Respiro con dificultad, entre sollozos y temblores. Un dolor de cabeza me embota la mente mientras las lágrimas, en torrente, caen por mi rostro. No sé cuánto tiempo ha pasado. Solo sé que cada segundo que he pasado aquí ha sido un doloroso suplicio. Me llevo las manos a la cara, me palpo los hinchados ojos. Seco las lágrimas. Cierro los ojos. Escuecen. Respiro hondo, despacio, mientras intento forzar a la mano de hielo a alejarse de mi corazón o, por lo menos, a que lo estruje con menos insistencia. Tras unos minutos, el dolor remite un tanto. Lo suficiente como para poner fin al llanto de una vez.

Hurgo en el bolsillo del pantalón hasta que encuentro el teléfono móvil. No tengo ninguna notificación pendiente. Lo desbloqueo y abro la aplicación del chat. El primer nombre de la lista se me clava en la retina como un puñal. Mi pulgar lo pulsa. Se abre la conversación con Sam. Suspirando, dejo que mis dedos tomen el control y escriban las palabras que mi mente es incapaz de formular:

(22:27) ALAN: Sam, por favor, perdóname. Sé que lo que he hecho no tiene nombre y que tú nunca me habrías hecho algo así, pero, por favor. Por favor. Te quiero. Quiero estar contigo, quiero hacerme viejo a tu lado. Nunca volveré a hacerte daño, lo juro.

Envío el mensaje, consciente de que, con toda probabilidad, no servirá de nada. Sam está muy dolido. Es comprensible. En la situación opuesta, yo lo estaría. En la situación opuesta, no sé si querría, sabría o podría perdonarle.

Recibo un mensaje. El corazón me da un vuelco. Sam ha respondido. Mis ojos se clavan en la pantalla, rezando por ver alguna señal de perdón. Sin embargo, su respuesta ha sido un simple

emoji. Una mano. Con el dedo corazón levantado. Eso es lo que Sam piensa de mi mensaje. Y de mí.

No recuerdo que haya pasado la noche, pero, cuando abro los ojos, el sol de la mañana me deslumbra a través de la persiana a medio bajar. Con la mano frente a los ojos, echo los pies al suelo, me desperezo y un potente bostezo huye de entre mis dientes. Lanzo una fugaz mirada al móvil, pero no hay ninguna notificación esperando a mi atención. Me pongo en pie y, antes de salir del dormitorio, considero conveniente cubrir mi torso con algo de ropa. Una de las camisetas que pude llevarme del piso de Sam abraza mi piel y abro la puerta. Bajo las escaleras, encuentro la cocina. Me preparo un café y cojo una manzana del gran frutero que descansa sobre la repisa de la cocina.

Me llevo la ardiente taza y la pieza de fruta al salón y me dejo caer sobre el esponjoso sofá. Cruzo las piernas, enciendo el televisor. Doy un sorbo al café. Caliente. Amargo. Fuerte. El cansancio que las nueve horas de sueño no han logrado arrancar de mis huesos se desvanece, diluido en la cafeína. Doy un bocado a la manzana. Fresca. Dulce. Crujiente. Mientras mastico veo, por el rabillo del ojo, una alta figura aproximarse.

Oriol me saluda con una simple sonrisa. Yo le respondo con un gesto de la cabeza, masticando la manzana y apurando mi café, las noticias en la televisión ignoradas por completo. Oriol desaparece por un breve momento, solo para reaparecer con un tazón de leche con cereales. Se sienta a mi lado.

—¿Has dormido bien? —pregunta. Alza las piernas y sus pies se hunden en el sofá. Poco a poco, resbalan hasta rozar mi muslo.

—No mucho —digo mientras me bebo las últimas gotas del café. Me inclino hacia adelante para dejar la taza sobre la mesita. Mi movimiento hace que los pies de Oriol se deslicen hacia adelante y acaricien mi muslo hasta colarse debajo de él. Miro de reojo a Oriol. Me sonrío mientras mastica lentamente sus cereales.

Con un suspiro, me aparto de los pies de Oriol, pero él estira las piernas. Coloca sus pies sobre mi regazo. Con la boca llena de manzana, lo miro, primero a él, luego a sus pies, cuyos dedos se mueven alegres sobre mis muslos.

—Tío, ¿qué haces? —pregunto.

—Desayunar —dice.

—No te hagas el tonto —replico. Un endemoniado hormigueo me lame la entrepierna al sentir el calor de los pies de Oriol mientras presionan mis muslos.

—No sé de qué me hablas —insiste él, sin dejar de comer sus cereales. Con descaro absoluto, las plantas de sus pies acarician mis piernas.

—Oriol... —digo cuando me termino la manzana. La tela de mi calzoncillo comienza a tensarse mientras sus pies se acercan a mi entrepierna—. Oriol, en serio.

—¿Qué pasa? —sonríe él—. No parece que te disguste mucho —añade. Lanza una pícaro mirada hacia mi erección.

Mi mano izquierda se cierra con fuerza sobre uno de sus tobillos. Aparto su pie de mi muslo cuando se encontraba a escasos milímetros de encontrarse con mis huevos. Le coloco el pie en el sofá, después le agarro el otro tobillo y aparto su otro pie de mi regazo. Oriol sonrío.

—¿No lo habíamos dejado claro, Oriol?

—Lo siento —dice él—, pero es que no puedo evitarlo. Tienes algo, Alan, que...

—No sigas.

—...me pone burrísimo —termina él la frase.

—Joder, macho.

—¿Qué pasa? Solo estoy siendo sincero.

—¿Sí? Pues mejor que no lo seas tanto. Menos sincerarte y más contenerte, macho.

Oriol guarda silencio mientras se termina los cereales. Yo, de brazos cruzados, cierro las piernas en un intento de ahogar a mi erección mientras mis ojos se clavan en la televisión, aunque sin verla realmente. Transcurren los minutos en silencio, durante los cuales mi polla palpita entre mis muslos y los dedos de los pies de Oriol juegan, provocadores, con el vello de mis piernas. Respiro con fuerza.

—¿Puedes parar?

—Que pare, ¿el qué? —dice él—. No te estoy haciendo nada.

—Me estás tocando con los pies.

—No te estoy tocando con nada —dice Oriol—. Tengo los pies aquí y tú estás aquí. Si te rozo, es sin querer.

—¿Y antes también me has rozado sin querer? ¿Cuando me los has puesto encima?

—Antes, no —dice Oriol—. Ahora, sí.

—Bueno, pues siéntate de otra manera, ¿quieres?

—No, no quiero. Estoy en mi casa, ¿sabes?

—Ya —admito—. Es verdad. Perdona —digo, mientras me aparto aún más de Oriol. Cruzo una pierna sobre la otra en mi lucha contra mi erección, que no parece dispuesta a decaer.

—¿Has hablado con Sam? —pregunta, tras un breve silencio.

—¿Qué? ¿Por qué quieres saberlo? ¿Has hablado tú con él?

—No. Yo no he hablado con nadie. Solo preguntaba, Alan.

—Sí, he intentado hablar con él —admito—. Anoche.

—¿Intentado?

—Le mandé un mensaje, porque sabía que, si lo llamaba, no me respondería al teléfono. El mensaje, al menos, sí lo ha leído.

—¿Te ha respondido? —se interesa Oriol. Deja el tazón de cereales, ya vacío, junto a mi taza de café.

—Sí. Con esto —respondo, y levanto el dedo corazón de la mano derecha para enseñárselo a Oriol, que arquea las cejas—. Esto, tal cual. El puto emoji de la peineta.

—Joder —musita Oriol. Estira las piernas para reposarlas, una vez más, sobre mi regazo. Chasqueo la lengua, mirando su largos y finos pies sobre mis muslos.

—Tío —digo, y señalo a sus pies—, ¿qué cojones te pasa?

—¿Qué? —repone él, distraído.

—¿No te he dicho que dejes de toquetearme con los pies?

—Ah, perdona —dice, pero no aparta los pies de mí—. Es la costumbre. Después de desayunar, me estiro aquí un rato.

—Ya. Bueno, pues te dejo que te estires todo lo que quieras, yo me voy.

—¿Adónde?

—A mi habitación —digo. Me levanto, y los pies de Oriol resbalan al suelo, pero se aseguran de rozarme la entrepierna en el camino. Lo veo sonreír al percatarse de que aún la tengo dura. Le lanzo una asesina mirada—. Córtate un poco, macho.

—¿Y eso a qué viene?

—Lo sabes perfectamente —digo—. No tienes ni la mínima intención de dejar de insinuarte, ¿no?

—Alan...

—Déjalo —lo interrumpo. Hago un movimiento con la mano mientras me dirijo a las escaleras.

—Alan, vale, lo siento —dice él desde el sofá, pero yo lo ignoro. Subo las escaleras. Abro la puerta del dormitorio. Me encierro en él.

Me siento al borde de la cama. Respiro profunda y lentamente, y el suave movimiento de mi abdomen relaja la tensión de mi entrepierna, que, en unos pocos segundos, vuelve a dormir. Lleno mis pulmones de aire y lo dejo escapar poco a poco por la boca. Siento cómo mi cuerpo se desinfla, al tiempo que permito que mi espalda caiga sobre el colchón. Cruzo los brazos sobre el pecho, cierro los ojos. Puto Oriol... Parece que le guste hacerme esto. Parece que le guste confundirme, que se lo pase bien haciéndomelo pasar mal. Es un desgraciado. Pero, aun así... solo ha bastado que su cuerpo se acercase un poco al mío para prenderme. Solo Sam había logrado eso antes. El mero roce de su piel contra la mía y nada más. Solo con eso. Así de fácil. Fuego.

Oigo un tamborileo en la puerta. Suspiro. Abro los ojos y el blanco techo me devuelve la mirada con expresión inescrutable. El tamborileo, de nuevo. Abro la boca, pero ningún sonido sale de entre mis labios. No estoy seguro de querer saber qué querrá ahora Oriol. Con toda certeza, provocarme y torturarme un poco más. Me doy la vuelta para darle la espalda a la puerta, los ojos clavados en la pared. Me hago un ovillo. Por tercera vez, tamborileo en la puerta. Esta vez, viene acompañado por un ruego:

—Alan, venga. ¿Puedo pasar?

—Joder —susurro. Vuelvo a tumbarme boca arriba y, con los brazos y las piernas extendidos, respondo—: ¿Qué quieres, Oriol?

—Hablar. Solo eso.

Niego lentamente con la cabeza. Mis labios forman una mueca de incredulidad. Aun así, me sorprende a mí mismo al oír mi voz diciendo:

—Anda, entra.

La puerta se abre y observo cómo Oriol se desliza a través del hueco. La vuelve a cerrar y se acerca a la cama con pasos lentos y dubitativos. Yo me incorporo, apoyando la espalda contra la pared. Recogo las piernas y las pego al pecho. Oriol se sienta al borde de la cama, a una distancia prudencial de mí y, por unos momentos, se limita a mirarme. Yo le sostengo la mirada, a la espera de que diga lo que sea que tenga que decirme. Al fin, sus labios se despegan:

—Oye, Alan. Que... que lo siento.

—¿Sabes que por mucho que repitas algo no se hará verdad? —digo.

—¿Qué?

—No lo sientes —digo—. Te gusta provocarme.

—No, lo que me gusta... eres tú —me corrige. Parpadeo sin comprender.

—¿Qué?

—Pues eso. Es verdad, me gustas. Me pones. Y creo que estoy empezando a sentir cosas.

—¿Qué coño dices? —espeto—. No me conoces, solo nos hemos visto un par de veces, ¿cómo vas a sentir algo?

—Vernos un par de veces ha sido suficiente para que acabásemos en la cama —dice—. Así que no puedes negar que algo hay. Y que tú también lo sientes.

—Y una mierda —digo—. Aquello fue un puto error que no tendría que haber pasado en la vida.

—Dime que no te gustó —me reta. Por supuesto, no puedo decir eso sin mentir. Así que guardo silencio. Pero quien calla otorga y Oriol parece leer con claridad mis pensamientos, puesto que una amplia sonrisa se dibuja en su rostro.

—No te montes películas, tío —digo—. No quiero nada contigo.

—Vale —dice él.

—¿Ya está? —pregunto—. ¿No vas a protestar, ni a insistir?

—No —dice Oriol, que se encoge de hombros—. Si no quieres nada, pues no quieres nada. Ya no te molestaré más.

—Joder —digo—. Ya podrías haberlo entendido desde un principio, ¿no?

—Es que, desde un principio —dice Oriol—, no me dijiste que no querías nada.

—No creía que hiciera falta. Sabías que Sam y yo estábamos juntos, ¿qué iba a querer yo contigo?

—Yo qué sé. Pero me dio la impresión de que sí que querías algo. De hecho, aún tengo esa impresión. Pero, si tú dices que no quieres nada, entonces voy a respetar tu decisión. Aunque, claro: si cambias de parecer, dímelo, ¿eh?

—Ya te gustaría.

—¿Que me lo dijeras?

—Que cambiase de parecer —digo. Él vuelve a encogerse de hombros.

—Nunca se sabe.

—Yo sí lo sé. Yo quiero a Sam.

—A veces —dice Oriol, mientras se levanta despacio de la cama— se puede querer a más de una persona.

—Pues no sé cómo, la verdad.

—Es más sencillo de lo que crees —repite—. Bueno, me marcho, te dejo solo. Para lo que quieras, estoy por abajo.

—Adiós —digo.

—Adiós —responde. Abre la puerta, sale del dormitorio y la cierra de nuevo tras de sí.

Tras oír cómo los pasos de Oriol se pierden escaleras abajo, vuelvo a tumbarme en la cama. Busco el móvil, lo desbloqueo. De forma automática, mis dedos me llevan a la conversación con Sam. El icono de la mano levantando el dedo anular me da una desagradable bienvenida. Mis ojos recorren el mensaje que le envié anoche. Lo leo una y otra vez. Cada palabra es como una puñalada en el corazón.

Sin saber bien qué escribir, intento, una vez más, contactar con Sam. Tecleo un rápido mensaje:

(11:04) ALAN: Sam, respóndeme. Por favor. ¿No podemos hablarlo? Por favor. Te quiero. No me ignores, por favor.

Envío el mensaje y, justo en ese momento, veo que el estado de Sam cambia de «Última conexión: 9:49» a «En línea». Me da un vuelco el corazón al ver que los dos tics junto a mi mensaje cambian de color; Sam ha leído el mensaje. El estado «En línea» se convierte en «Escribiendo...». Después, vuelve a «En línea», solo para cambiar a «Escribiendo...» casi de inmediato. Así permanece durante casi medio minuto, Sam escribiendo, deteniéndose, borrando, escribiendo de nuevo, volviendo a borrar. Por fin, el estado de Sam pasa a «Última conexión: 10:05» sin que me haya respondido al mensaje.

Pero no voy a rendirme. No no pienso dejar escapar al que sé que es el amor de mi vida. Seguiré intentándolo, seguiré buscando el perdón de Sam, aunque me lleve toda la vida. Pero no quiero renunciar a las caricias de la voz de sus dedos, ni a la calma del calor de sus ojos. No quiero. No puedo. No me rindo.

OCHO

He pasado todos y cada uno de los días de los últimos cuatro días intentando hablar con Sam. Y, aunque no se puede decir que hayamos mantenido una conversación con todas las letras, algún avance ha habido. Al menos, ahora responde con palabras cuando le escribo. Por supuesto, no son palabras en absoluto alentadoras, pero algo es algo. Me tranquiliza por lo menos ver que, aun a pesar de mi insistencia, Sam no me ha bloqueado. Eso es bueno, supongo.

La convivencia con Oriol es extraña. No difícil, pero sí extraña. De vez en cuando, su comportamiento vuelve a salirse de tono, aunque cada vez con menor frecuencia. Empiezo a sentirme lo bastante cómodo como para permitirme pasar más tiempo fuera del dormitorio, en su presencia. Si ignoramos las insistentes insinuaciones, Oriol es un buen tío.

Después de desperezarme con un sonoro bostezo tras la larga cabezada que acabo de echar, me dirijo al salón. Esperaba encontrar a Oriol —es aquí donde nos hemos despedido antes de que yo decidiera acostarme un rato—, pero no lo veo por ningún lado. La televisión está apagada y no hay evidencias de que haya pasado aquí mucho tiempo después de que yo lo dejara solo.

Me asomo a la cocina, medio preparado para pedirle un café con hielo, pero tampoco está aquí. Frunzo el ceño. ¿Estará en su habitación? En todo caso, decido no investigar. Si se encontrase refugiado en su cuarto, quién sabe con qué me encontraría si me atreviese a ir a curiosear...

Suspiro y, con el torso desnudo, descalzo y con nada más que un simple calzoncillo gris para cubrir mis vergüenzas, echo a caminar al jardín. Nada más salir, entiendo dónde está Oriol. Los leves chapoteos danzan alrededor de mis oídos como incitándome a acercarme a la piscina. De puntillas, doy largas zancadas por el abrasador suelo. Mis pies suspiran aliviados al encontrarse con el césped, fresco y húmedo. Un hormigueo me recorre el cuerpo cuando la hierba me lame las plantas y los dedos.

—Ey —digo mientras me siento al borde de la piscina. Meto las piernas en el agua y el dulce frescor casi me hace gemir.

—Hola, guapetón —sonríe Oriol, sumergido en el agua y nadando de acá para allá. Poco a poco, se acerca a mí y sus manos se cierran alrededor de mis rodillas. Por puro instinto, mi cuerpo entero se tensa, preparado para alejarse de Oriol si se le ocurriera tan siquiera pensar en pasarse de la ralla. Sin embargo, a excepción de la indiscreta mirada que le lanza al bulto que reposa en mis calzoncillos, Oriol no hace nada que me lleve a actuar—. ¿Qué tal la siesta?

—Bien... Me hacía falta. Esta noche no he pegado ojo.

—¿Suplicándole a Sam otra vez? —dice. Apoya la mejilla en mi muslo y yo separo mis piernas para romper el contacto de su cuerpo y el mío. Sin embargo, él parece malinterpretar (tal vez a propósito) mi gesto, puesto que, lejos de apartarse de mí, su rostro se aproxima más aún a mi muslo... y a mi entrepierna. Oriol se muerde el labio y yo, que trato por todos los medios de ignorarlo, respondo:

—No le he estado suplicando. Pero sí que hemos... hablado, por así decirlo.

—O sea que hablabas tú y él te respondía con monosílabos, ¿no?

—Más o menos, sí —admito. Él chasquea la lengua.

—Está dolido.

—No me extraña —mascullo. Noto la manos de Oriol explorar mis piernas debajo del agua—. Oriol. Las manitas.

—¿Qué...? ¡Ah! Perdona, no me he dado cuenta —sonríe, y parece que sus palabras son sinceras—. ¿No te quieres bañar?

—Pues...

—El agua está buenísima —insiste. Yo asiento.

—Ya lo sé. —Como para demostrar lo consciente que soy de la agradable temperatura del agua, muevo las piernas adelante y atrás, lo cual crea suaves ondas en la superficie. El cuerpo de Oriol, tostado y completamente sumergido en el agua, parece bailar entre las ondas—. Pero no me he traído el bañador... Voy a por él, no tardo.

—Ay, Alan... Tampoco hace falta que entres ahora a por el bañador. Te puedes meter en el agua así, como estás. O, mejor aún: te puedes meter en el agua sin nada.

—Oriol, no empieces.

—Vale, perdón —dice, pero me agarra por los tobillos y, con una juguetona sonrisa, tira de mí hasta que caigo al agua junto a él.

El frío me deja sin respiración durante una fracción de segundo y el agua en los ojos me emborrona la vista.

—Joder... ¡está más fría de lo que parecía! —jadeo tras recuperar el aliento.

—¡Que va! —exclama él y, antes de tener tiempo de entender qué está ocurriendo, Oriol ya me ha agarrado la cabeza con ambas manos y me empuja con todas sus fuerzas. Me apresuro a cerrar la boca justo a tiempo. El agua me envuelve por completo. Las manos de Oriol siguen manteniéndome bajo la superficie y yo pataleo y forcejeo tratando de liberarme, pero el desgraciado tiene más fuerza de lo que parece.

Agito brazos y piernas, un mar de burbujas a mi alrededor. De pronto, mi mano roza algo extraño. Algo... extrañamente duro. Apenas lo toco, el agarre de Oriol se afloja y por fin mi cabeza vuelve a asomar. Mis pulmones se llenan de fresco aire y, mientras me quito el exceso de agua del rostro, mis ojos buscan los de Oriol primero y su bañador justo después.

Aun con la turbulenta agua, no me cuesta confirmar mis sospechas.

—Oriol, ¿dónde está tu bañador?

—En mi habitación —sonríe—. No te hagas el tonto ahora, Alan. No me creo que no te hayas dado cuenta hasta ahora de que estoy en bolas.

—En bolas y empalmado —puntualizo. Él se encoge de hombros. Noto que se me acelera el pulso—. Y no. No me había dado cuenta. Créeme que, si lo hubiera sabido, no me habría metido en el agua.

—¿Cómo no te vas a haber dado cuenta? —replica Oriol, que se acerca a mí. Yo retrocedo

hasta que noto el borde de la piscina contra la espalda.

—Pues porque como soy una persona normal y no un puto salido como tú, no te estaba mirando ahí abajo: te miraba a los ojos.

—Ya, bueno, pero aun así te has tenido que dar cuenta.

—Ya te he dicho que no. —Oriol ha seguido acercándose. Su rostro está a un palmo del mío y su erección roza mi muslo en una perfecta simbiosis entre el desafío y la timidez. Contengo el aliento en un vano intento por evitar que mi polla no despierte—. Me voy.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero me largo —digo. Con ambas manos empujo el pecho de Oriol, que retrocede entre un remolino de agua. Yo salgo de la piscina a toda prisa, antes de que él pueda protestar más. Le doy la espalda cuanto antes: los calzoncillos, empapados, se han vuelto casi transparentes.

Echo a caminar con grandes zancadas de vuelta a la casa. Despego la ropa interior de mi piel, me seco a toda prisa y me visto. Después de asegurarme de tener el móvil, la cartera y las llaves del coche, salgo de la casa una vez más, y oigo que Oriol me llama. Ha salido de la piscina y ha envuelto sus vergüenzas con una toalla. Lo esquivo sin mirarlo siquiera y cruzo su patio hasta llegar al exterior, donde mi coche espera.

Solo hay un sitio al que pueda dirigirme. Solo hay un sitio al que quiero ir. Arranco el coche —Oriol sigue intentando llamar mi atención— y me alejo de allí sin mirar atrás.

La sangre corre por mis venas enloquecida mientras aferro el volante con todas mis fuerzas. Siento el latir de mi corazón en el pecho, las mejillas, los dedos... y la entrepierna. Sacudo la cabeza como para sacudirme el conflictivo sentimiento que ha brotado en mi alma al descubrir que Oriol estaba desnudo y erecto en el agua, a tan pocos centímetros de mí...

De un volantazo, cruzo la opulenta rotonda y piso el acelerador. Estoy superando con creces el límite de velocidad pero eso no me podría preocupar menos ahora mismo. Tan solo quiero poner toda la distancia posible entre Oriol y yo. Tan solo quiero llegar cuanto antes a mi destino. Aunque, claro está, ¿quién sabe si lograré entrar siquiera? En estos últimos días, Sam se ha suavizado un tanto conmigo, pero una cosa es que haya empezado a responder a mis mensajes y otra muy distinta es que vaya a abrirme la puerta de casa y dejarme entrar como si tal cosa. Aun así, es lo único que puedo hacer en este momento.

Doy vueltas por la manzana en busca de aparcamiento, la ventanilla bajada para permitir que la casi inexistente brisa pase sus dedos por mi cabello. Al fin, tras varios minutos, encuentro un espacio —más estrecho de lo que me gustaría— justo detrás del parque. Una solitaria gota de sudor explora mi sien derecha mientras mis manos y pies se ponen de acuerdo para llevar a cabo milimétricas maniobras. El coche queda encajado a la perfección entre el Subaru azul de delante y el Renault negro de detrás y mis pulmones exhalan el aire que mi cuerpo no era consciente de haber estado conteniendo.

Con el corazón en un puño, cruzo el parque. Está plagado de niños y niñas, y los gritos se me clavan en la base del cráneo como puñales. Intento tragar saliva pero tengo la boca completamente seca. Acelero el paso y mi corazón se agita más y más según me acerco a mi destino. Noto el pecho y las axilas húmedos y no es tan solo a causa del calor...

Me detengo frente al portal. Me tiemblan los dedos mientras estiro la mano hacia el telefonillo. Se me hace raro tener que llamar, después de haber pasado aquellos meses viviendo allí, considerándolo mi hogar. Pulso el botón y cierro los ojos. No tardo en recibir una respuesta:

—¿Quién?

—Sam... soy Alan. —No responde—. ¿Sam? ¿Estás ahí?

—¿Qué quieres? —me suelta.

—Por favor, ¿puedo subir?

—¿Qué quieres? —repite.

—Hablar.

—Ya estamos hablando. —Suspiro.

—Sam, por favor...

—Anda, sube —replica, aunque a regañadientes, antes de abrirme la puerta.

—Gracias —le digo al telefonillo, pero creo que Sam ya ha colgado.

La temperatura del rellano supone un agresivo contraste con la del exterior. En la calle, podrías freír un huevo en el asfalto. Aquí dentro, en cambio, el aire es tan frío que noto que se me pone la piel de gallina. Claro que esto, tal vez, no sea por la temperatura. Tal vez, estos escalofríos se deban a otra cosa...

Podría subir en el ascensor, pero solo de imaginarme ahí quieto, esperando a que la dichosa máquina descienda, abra sus puertas y me lleve hasta el cuarto piso se me acelera el pulso. Así pues, tomo las escaleras. De este modo, tal vez el estar en movimiento logre relajarme o distraerme un tanto.

Evidentemente, para cuando llego al rellano del cuarto piso estoy hecho un manojo de nervios y, además, acalorado y falto de aliento por subir por las escaleras. La puerta del piso de Sam está entreabierta, lo cual mi corazón decide interpretar como una buena señal. Aun así, en lugar de entrar de inmediato, me detengo sobre el felpudo y dejo que mis nudillos acaricien la oscura madera. Un suave repiqueteo recorre el silencio que todo lo había envuelto hasta ahora.

—Entra —dice a lo lejos la voz de Sam. Me estremezco al percatarme de la total ausencia de su típico timbre cálido. En lugar de eso, su voz suena hueca y fría.

Empujo la puerta con la mano y cruzo el umbral. El familiar olor de Sam, dulce, especiado y tierno, me envuelve de inmediato. Se me forma un nudo en la garganta mientras cierro la puerta tras de mí. Sam no está en el recibidor, así que me asomo a la cocina, pero tampoco lo encuentro ahí.

—¿Piensas entrar o qué? —suelta su voz, innecesariamente hosca. Viene del comedor. Suspiro.

—Hola —digo, ya en el comedor.

Lo encuentro tumbado en el sofá, los dedos entrelazados reposando sobre su estómago, cubierto con una camiseta de tirantes que, a menos que mucho me equivoque, es mía. Tiene la mirada clavada en el techo y, por más que mis ojos buscan el contacto con los suyos, no lo logran. Titubeante y casi de puntillas, incapaz de dejar de mirar su inexpresivo rostro, agarro una

silla y la ocupo. Me mantengo a una distancia prudente de él: no quiero darle la impresión equivocada, sea lo que sea eso.

—¿Vas a hablar o...? —dice tras el incómodo silencio. Cierro los ojos un instante antes de responder:

—Sam... ¿cómo estás? —Nada más logra salir de mis labios en este momento. Él resopla.

—De puta madre. ¿Y tú? ¿Dónde has dejado a tu nuevo novio? —suelta. Siento sus palabras clavarse como dardos envenenados en mi pecho.

—Por favor, Sam... Ya te lo dije. Solo pasó una vez. Y no ha vuelto a pasar desde entonces.

De nuevo, silencio. Casi pareciera que Sam no ha oído lo que acabo de decirle. Sin embargo, es imposible que no me haya oído. Es, sencillamente, que todavía se siente dolido. No lo culpo, claro está. Pero aun así... ¿Por qué no pone un poco de su parte? Podría mirarme por lo menos.

—Pero pasó una vez. Y una vez ya son demasiadas veces —dice. Trata de mantener una entonación neutra, casi indiferente, pero conozco a Sam: el casi imperceptible temblor en sus sílabas deja más que claro el dolor que se alberga en su corazón.

—Tienes razón. Una vez ya son demasiadas. No tendría que haber pasado. Y no sabes lo mucho que me he repetido a mí mismo estos días lo gilipollas que fui por dejar que pasase. Perdí la cabeza. No es una excusa. Pero es lo que es.

Espero a que Sam responda, pero sigue en silencio, sin cambiar de posición en el sofá, aunque sus dedos se cierran alrededor de la camiseta y sus resplandecientes ojos se ocultan tras esos finos párpados. Me aclaro la garganta e, ignorando lo seca que siento la lengua, prosigo:

—Perdóname, Sam. He sido un imbécil, no te mereces el daño que te he hecho. Pero quiero arreglarlo. Quiero demostrarte que... que estoy enamorado de ti, Sam, y que haré lo que sea por estar contigo. Prometo no volver a hacerte daño nunca. Nunca.

—Alan, no es tan fácil. ¿Crees que puedes venir así como así, decirme cuatro palabras y esperar que me olvide de lo que has hecho?

—No —admito—. No espero que lo olvides, ni tampoco que me perdones así como así.

Sam arquea las cejas y sus ojos se deslizan apenas unos milímetros. Sin embargo, se detienen antes de encontrar mi rostro. En lugar de eso, se detienen en mis manos. Lo observo respirar hondo y separar los labios como si quisiera decir algo más, pero se limita a dejar escapar un prolongado suspiro que mi alma no termina de ser capaz de interpretar. A la vista de que el silencio se prolongará de forma indefinida a menos que sea yo el que lo vuelva a romper, digo:

—Lo que sí espero... Lo que sí deseo, Sam... es que sepas que te quiero como nunca he querido a nadie. Ojalá algún día, con el tiempo, me perdones. Yo haré todo lo que esté en mi mano para volver a ganarme tu confianza.

Observo cómo Sam se muerde el labio, cómo sus ojos parecen buscarme pero su corazón se lo impide. La sangre corre por mis venas desesperada y las lágrimas se agolpan en mi garganta, formando un nudo que me obliga a permanecer mudo mientras el hombre de ojos grises parece enfrentarse a un terrible debate interno.

Contengo la respiración mientras sus pupilas parecen navegar muy lentamente en un incierto océano. Y, cuando el calor de sus ojos incide en mi piel, al fin se derrite el hielo de la culpa que

con tanta insistencia me ha devorado el corazón estos días.

—Alan... —susurra, sus pupilas clavadas en las mías. Le tiembla la voz y sus ojos húmedos resplandecen al mirarme.

—Sam... —respondo y, sin saber en qué momento ha ocurrido, me encuentro sentado junto a él en el sofá. Su piel desprende un maravilloso calor que se refugia en mi cuerpo y, cuando mis temblorosos dedos surcan el aire en busca de su muslo, él no solo no se aleja de mí, sino que permanece inmóvil, expectante, deseoso de recibir mi tacto tras todos esos días sin él.

NUEVE

Saltan chispas de las yemas de mis dedos mientras exploran su muslo como si fuera la primera vez que lo hacen. Miro a Sam, que suspira y acerca su cabeza a la mía. Mis manos acarician su piel y él se deja hacer. El latir de mi corazón parece servir de guía a mis dedos, que se empapan de la suavidad y calor del cuerpo de Sam. No dejo de mirar sus ojos, entrecerrados e infinitos.

—Alan... Te he echado de menos. Estos días sin ti se me han hecho eternos.

—Yo también te he echado de menos. Pero ahora estoy aquí. Y voy a quedarme, si es lo que quieres.

—Sí —susurra—. Es lo que quiero. Te perdono, Alan. Te quiero.

La emoción me arrebató todo pensamiento lógico. Brotan lágrimas en mis ojos y mi cuerpo entero se estremece al oír esas sencillas palabras. Aquello era todo cuanto yo deseaba. Busco en sus pupilas cualquier señal que me confirme, sin dejar el más mínimo atisbo de duda, de que lo que acaba de decirme es cierto. Y lo que encuentro es la sonrisa de sus grises ojos. Aunque no es tan cálida y genuina como yo la recordaba, entiendo que es normal: he traicionado su confianza y, por más que él quiera, no podrá olvidarlo. Será una herida que tardará en sanar. Pero me aseguraré de que cicatrice y no vuelva a abrirse jamás.

—Te quiero —respondo al fin. Sus dedos buscan los míos y mi mano libre atrae hacia mí su cabeza. Sostengo su barbilla entre índice y pulgar y nuestros labios se reencuentran tras aquel terrible abismo que los había separado. En este mismo momento me juro no volver a separarme de él, de su piel tierna y dulce, de sus labios ardientes, de sus manos que se hunden en mi cabello y generan surcos de euforia en mi cráneo.

Y, aun así... Aun así, sé que, en realidad, las cosas no han vuelto a su cauce. Que Sam me haya perdonado no significa que todo haya desaparecido como si nada. Lo noto en su tacto, que pretende ser cercano y auténtico pero se siente calculado. Lo noto en su boca, que me regala besos casi distraídos. Se separa de mí mucho antes de lo que yo habría deseado y, por unos momentos, tan solo nos miramos. Lo veo ahí también, en sus ojos. Una esquirra helada de temor.

Le acaricio la mejilla y, aunque hace ademán de apartarse, se fuerza a permanecer inmóvil. Me muerdo la lengua e inhalo profundamente. Mi pulgar dibuja círculos cerca de su mandíbula y él me mira pero es como si sus ojos buscasen algo más allá de mí.

—Cariño, ¿qué pasa?

—¿Qué...? —pregunta, casi distraído. Sus dedos se desenhebran de los míos con un suave movimiento deslizante y Sam se aparta de mi cuerpo apenas unos milímetros. Unos milímetros que se me hacen un mundo. Empiezo a temer que esté cambiando de opinión acerca de perdonarme.

—Noto que te pasa algo. ¿Qué es? Puedes contármelo, lo sabes, ¿verdad? Sea lo que sea, te escucharé, ayudaré y apoyaré.

Sam no responde. No de inmediato, al menos. Sus ojos danzan entre los míos, veo el leve

temblor de su párpado y el titubeo de sus labios mientras su cerebro trabaja a toda prisa tratando de ordenar sus pensamientos antes de exponerlos frente a mí. Yo aguardo, paciente, en silencio, sin dejar de buscar un contacto físico que Sam cada vez más parece rechazar. Una espantosa pesadez se cierne sobre mi corazón al tiempo que Sam coge aire y empieza a hablar:

—Es... Es una tontería y ni siquiera sé si debería decírtelo, porque... Bueno. Es igual.

—No —digo con toda la suavidad de la que soy capaz—. No, Sam. Dímelo. Puedes contármelo.

—Es una tontería —insiste.

—Pero, aun así, parece que te tiene inquieto.

—Sí... A ver... No me vayas a malentender, ¿vale? —Niego de inmediato con la cabeza. Él resopla, y un curioso rubor brota en sus mejillas—. Llevo un par de días que no me puedo sacar una cosa de la cabeza. Un pensamiento... no. Una imagen. Es una imagen mental que tengo como grabada a fuego.

—¿Qué es?

—No puedo dejar de imaginarme cómo te follaste a Oriol.

Se me cae el alma a los pies.

—Cariño... Solo fue una vez, no volverá a pasar, te lo he prometido y te lo prometeré las veces... —Pero Sam se apresura a interrumpirme.

—No. No es eso. Es... Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero... Imaginaros a los dos follar es algo que me pone bastante... cachondo.

Su rostro se vuelve incandescente mientras un denso silencio me oprime el pecho.

—No me hagas caso —dice con voz temblorosa y a todo correr—. Supongo que es por... Por la historia que tenemos Oriol y yo.

—¿Historia? —pregunto. No quiero dejar escapar el comentario que Sam acaba de soltar de la nada, pero también me interesa saber más acerca de esta historia que ambos parecen compartir. Sin tener ni idea de adónde llevará esta conversación, Sam asiente y procede a contarme su pasado con Oriol:

—Ya sabes que Oriol y yo somos... éramos... somos buenos amigos desde hace muchos años. —Asiento—. Lo que no sabes es que, durante un tiempo, fuimos algo más.

Arqueo las cejas, totalmente incrédulo.

—¿Estuvisteis liados? —se me escapa. Sam me lanza una aguda mirada y yo callo de inmediato.

—Más o menos, sí —admite—. Fue hace tiempo. Bastante tiempo, de hecho. Hacía poco que nos conocimos. Él llegó al instituto a mitad de curso, creo que... debió de ser en cuarto. En fin, el año exacto no importa. El caso es que yo era el único chico gay del instituto y, cuando llegó Oriol, empezaron a correr rumores de que él también lo era.

»Imagino que fue precisamente por eso por lo que me sentí atraído a él casi desde el primer momento; por fin conocía a alguien que era como yo. Me «enamoré» de Oriol en menos de una semana y, en otros cuatro días, le confesé lo que yo creía sentir por él. Él, para mi sorpresa, me

dijo que sentía lo mismo. Empezamos a salir juntos ese mismo día.

Sam hace una pausa en la que se le escapa una casi imperceptible risa.

—Eramos unos críos —suspira—. Evidentemente, aquello no duró ni dos meses: no estábamos enamorados. Pero no conocíamos a nadie más que fuera gay (no abiertamente al menos) y, lo más importante... estábamos cachondos perdidos. —Pongo los ojos en blanco.

—A esa edad, vosotros y todos —comento. Él asiente.

—Pues por eso. Pero cuando nos dimos cuenta de que lo nuestro solo era eso, follar por follar... Lo dejamos. Nos prometimos, eso sí, que seguiríamos siendo amigos. Y aquí nos tienes, tantos años después. A veces, aún me acuerdo de esos días... Aunque lo nuestro hubiera estado destinado al fracaso desde el minuto uno, no dejo de pensar que, en el fondo, sí que acabé sintiendo algo por Oriol. Y... la verdad...

—¿Sí? —lo animo. Él se sonroja.

—Nada, es igual. No he dicho nada.

—Vamos, cariño...

—Vale... Creo que esos sentimientos no se apagaron nunca.

—¿Estás diciendo que estás enamorado de Oriol?

—No —se apresura a responder—. No estoy enamorado. Pero sí que... no lo sé, algo siento. No puedo negarlo. Oriol tiene algo, algo...

—Magnético —termino por él. Sam asiente.

—Pero a quien quiero de verdad es a ti, Alan.

—Lo sé. Yo también te quiero a ti. Pero es verdad que Oriol tiene... No lo sé. Algo. Algo que no me puedo sacar de la cabeza. Y creo que esta confusión no se aclarará hasta que hablemos los tres.

—¿Los tres? —exclama Sam, su voz más aguda de lo normal—. ¿Cómo que los tres?

—Sí. Tú, yo... y Oriol.

—¿Se te va la olla? ¡No digas tonterías!

—No es ninguna tontería, cariño. Yo te quiero. Te quiero a ti y solo a ti, ¿vale? Y tú también me quieres a mí, ¿no? Pero los dos estamos de acuerdo en que hay algo. Sentimos algo por Oriol, tanto tú como yo. Ninguno de los dos sabemos el qué, pero está claro que hay algo.

—Sí, pero aun así, Alan... ¿Qué crees que puede salir de eso?

—No lo sé. Pero algo tendremos que hacer, ¿no te parece?

Sam me mira con intensidad. Se muerde el labio en clara expresión de estar debatiéndose consigo mismo.

No insisto. No quiero apremiarle. No es mi intención que piense que quiero que Oriol siga en mi vida. Dejo que Sam cavile todo cuanto necesite y yo me limito a observar cómo su expresión, lenta y paulatinamente va cambiando. Su ceño se relaja, la tensión de su mandíbula se alivia, sus labios se separan. Llena los pulmones de aire y los mantiene llenos un par de segundos antes de

exhalar. Un prolongado silbido. Un parpadeo escueto. Y entonces su mano se une a la mía y el calor de sus ojos irradia en mí mientras pronuncia unas palabras:

—Tienes razón. Tanto tú como yo sentimos algo por él y tenemos que aclararlo. Voy a llamar a Oriol.

Me sorprende que sea él quien tome la iniciativa, pero me limito a asentir con la cabeza. Sus labios rozan los míos en un fluido movimiento que termina con él de pie frente a mí. Mientras saca el teléfono móvil del bolsillo del pantalón, se aleja hacia el balcón. Yo permanezco sentado en el sofá, deleitándome en las cosquillas y el calor que aún acuna mis labios tras el fugaz beso.

Sam se lleva el teléfono a la oreja y tras unos segundos de silencio, lo oigo hablar:

—Hola. No. No te llamo para eso, no, tranquilo. ¿Qué? Claro que sí, pero no es por eso. —Me resulta complicado seguir la conversación, ya que debo rellenar los silencios con posibles respuestas de Oriol—. Bueno. Sí, está aquí. Hemos hablado. También, sí, pero sobre todo... de ti. Ya te he dicho que no. Le he contado lo nuestro. En el instituto. Claro, pero estuvimos juntos, ¿no? Mira... Ven a casa. Queremos hablar contigo. Sí, los dos, así que hablar por teléfono no es lo más eficaz. Cuando quieras, estaremos todo el día aquí, supongo. Genial. Hasta ahora.

El teléfono regresa a su bolsillo y, con un sonoro suspiro, Sam vuelve a sentarse a mi lado.

—Está de camino —me dice. Yo asiento con la cabeza mientras trato de ignorar las volteretas que mi corazón está dando en este instante. Francamente, no sé qué esperar de la conversación que nos espera cuando Oriol haga acto de presencia en el piso, pero estoy convencido de que es lo que necesitamos hacer.

Veinte eternos minutos de espera llegan a su fin cuando el estridente timbre nos hace saltar a ambos del sofá. Sam se apresura a abrir y, tras varios momentos, Oriol cruza el umbral.

—Hola... —dice, cabizbajo, esquivando la mirada de Sam.

—Hola, Oriol. Pasa.

La puerta se cierra. Los tres nos miramos. Formamos un triángulo equilátero perfecto y nuestros ojos danzan del rostro de uno al del otro mientras el silencio crece y nos separa milímetro a milímetro. Trago saliva. Alguien tiene que romper este silencio cuanto antes.

Y creo que, si no lo hago yo, no lo harán ellos.

—Bueno. Quiero dejar claro que, a pesar de lo que pasó entre Oriol y yo... Yo quiero a Sam. Estoy enamorado de él.

—Y yo estoy enamorado de Alan —se apresura a decir Sam. Sonrío. Oriol nos mira con el ceño fruncido.

—¿Vale...? ¿Y qué pinto yo aquí entonces? —inquire Oriol.

—Pues... Bueno, estábamos hablando y... Lo que pasó fue un error. Me arrepiento como nunca me he arrepentido de nada antes. Pero aun así... mentiría si dijera que no disfruté acostándome contigo, Oriol. —Ante estas palabras, tanto Sam como Oriol se sonrojan.

—Gracias, supongo —dice el aludido, algo azorado—. Pero sigo sin entender para qué queríais verme.

—¿Te acuerdas de cuanto estuvimos juntos? —pregunta Sam. Oriol asiente—. Pues no sé si a

ti también te pasa, pero yo recuerdo esos días... con mucho cariño. Fuiste el primero para mí.

—Y tú para mí —responde Oriol.

—Y tienes un lugar especial en mi corazón.

—Y tú en el mío, Sam. Eres uno de mis amigos más cercanos, ya lo sabes.

—Ya... Y, bueno... Desde que nos acostamos, yo tampoco dejo de pensar en ello... En ti, Oriol.

—¿Qué me estáis intentando decir?

—Lo que Sam y yo queremos decir —aclarar— es que ambos... sentimos algo. —Oriol arquea las cejas—. Algo... por ti.

—¿Qué? ¿Va en serio? Me estáis vacilando, ¿no?

—No —responde Sam de inmediato—. Aunque lo nuestro fuese una gilipollez de dos adolescentes desesperados por... yo qué sé, por follar, supongo... está claro que esa experiencia dejó una marca imborrable en mí. Y... cuando Alan me dijo lo que había pasado entre vosotros... Me sentí traicionado, claro. Tanto por ti como por él. Pero... No sé. Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero, por debajo de ese sentimiento de traición había una... excitación.

—Una excitación que, tal vez, te habría gustado compartir con nosotros, ¿verdad? —pregunto. Sin quererlo, una sonrisa se me empieza a dibujar en el rostro.

—No lo sé. Supongo —admite Sam. Oriol pone las manos en alto.

—Un momento, parad el carro porque creo que me estoy perdiendo... ¿Me estáis diciendo que...?

—Sam y yo sentimos algo por ti. Y creo que hablo por los dos al decir que nos gustaría intentar formar una relación contigo, Oriol. Los tres juntos.

DIEZ

Tras mis palabras brota el silencio más incómodo que he sufrido en mi vida. Los ojos de Oriol, fuera de sus órbitas, se convierten en un borrón al ir del rostro de Sam al mío y de vuelta al de Sam. Yo centro mi atención en Sam, cuya mejilla ha comenzado a temblar de un modo extraño. Tiene las cejas arqueadas y parece no dar crédito a lo que acaba de escapar de mis labios. Empiezo a temer que he metido la pata a base de bien.

En lugar de romper el silencio, mi cuerpo me obliga a mantener la boca cerrada; así, me aseguro de no cagarla todavía más. Decido esperar a que Sam u Oriol sean los que derriben el opaco muro en el que se ha convertido este silencio. Por fin, Sam habla:

—A ver, a ver, que ahora el que se ha perdido soy yo. Alan, cariño, ¿qué...? —Su reacción me hace titubear. Trago saliva y doy un paso atrás mientras él sigue hablando—. ¿Cómo que quieres... hacer un trío? Estás de coña, ¿no?

—No —respondo, por un instante incapaz de pronunciar una sola palabra más. Sam frunce el ceño. Está claro que lo he malinterpretado... todo. Siento un frío sudor discurrir por mi espalda mientras Oriol nos mira alternativamente, de brazos cruzados y con la mandíbula desencajada, sin duda incapaz de procesar los acontecimientos que se desenvuelven frente a él—. A ver... pensaba que... que era esto lo que queríamos aclarar, ¿no?

—¿Aclarar el qué? ¿Cómo repartirnos entre los tres? —suelta Sam—. Cariño, de verdad que no entiendo la ocurrencia esta que has tenido.

—Pero, vamos a ver... Está claro, ¿no? Tú mismo lo has dicho: desde que estuvisteis juntos en el instituto no has dejado de sentir cosas por él. Llámalo «cariño» o como quieras, pero que algo sientes es evidente. —Sam asiente—. También has admitido que pensar en mí y Oriol... en la cama te puso cachondo. —Vuelve a asentir, esta vez esquivando mi mirada—. Yo también tengo claro que el sexo contigo, Oriol, fue... increíble. Casi tanto como el que tengo contigo, Sam —digo—. De hecho, me gustó tanto que, aunque es mi mayor arrepentimiento (por la forma en la que traicioné tu confianza, Sam), no dejo de pensar en esa tarde. No dejo de pensar en repetirlo, del mismo modo que no dejo de pensar en volver a estar contigo, Sam. Entonces... ¿qué tiene de malo?

—¿Qué tiene de malo ¿el qué? —pregunta Sam.

—Probar —digo sin más.

—Probar... —susurra, más para sí mismo que para que Oriol y yo lo oigamos. Entonces, mira a Oriol, que se encoge de hombros:

—Ya sabes que, a mí, las relaciones monógamas me parecen muy anticuadas. Lo que propone Alan me parece estupendo pero, claro, entiendo que es una decisión que debéis tomar los dos juntos. Creo que lo mejor será que me marche. Os dejo a solas. Habladlo, que está claro que falta os hace, y, cuando hayáis tomado una decisión... ya sabéis dónde me podéis encontrar.

Oriol gira sobre los talones y se dispone ya a abandonar el piso cuando la voz de Sam silba entre nosotros:

—No. Oriol, espera. No te vayas.

Él se detiene, pero no deja de darnos la espalda. Tiene las manos hundidas en los bolsillos y veo cómo sus hombros suben para, a continuación, comenzar a bajar lentamente.

—Creo que no hay nada que hablar. Está claro. La manera en la que ha pasado todo, tan brusca, me ha dejado un poco descolocado, la verdad, pero... Sí, creo que Alan tiene razón. De hecho, me parece que es la única forma de proteger lo nuestro. Además... siempre he sentido curiosidad por hacer un trío, no voy a mentir. —Sam intenta reír ante su propio chiste, pero está tan tenso y nervioso que lo único que logra es emitir un extraño gorjeo que se ve ahogado casi de inmediato.

Oriol da media vuelta. Mira a Sam, frunce el ceño. Me mira a mí, arquea las cejas. Se encoge de hombros.

—¿Estás seguro, Sam? Es un cambio importante.

—Sí, estoy seguro —confirma él.

—¿Y tú, Alan? No es una decisión que debáis tomar a la ligera, lo sabéis, ¿Verdad?

—Lo sé. Lo sabemos —digo, los ojos fijos en Sam, que asiente y sonríe con temblorosos labios. Estiro una mano hacia él, y Sam no duda en entrelazar sus dedos con los míos. El calor de sus ojos incide sobre los míos y se aproxima a mí, expectante, casi dubitativo. Mi mano izquierda se posa, cómoda, en la parte baja de su espalda, mientras la derecha mantiene los dedos de Sam aferrados. Nuestros cuerpos se acercan hasta que apenas unos milímetros los separan. Noto su aroma. La electricidad de sus labios, que se acercan a los míos y, cuando se encuentran, siento el poderoso oleaje abatir los miedos de mi corazón. El calor brota de mi pecho y nos baña a ambos mientras su mano se pierde en mi cabello. Su corazón sea compasa con el mío y, por un instante, el mundo desaparece y solo existimos él y yo...

Entonces cobro consciencia de algo: Oriol. Nuestro beso se interrumpe y ambos fijamos la mirada en él, que nos observa algo alejado, con una difusa sonrisa en los labios y una expresión de no saber si dejarnos solos o quedarse ahí.

—Ven —le susurro—. Acércate.

Antes de mover un solo músculo, Oriol busca una confirmación en los ojos de Sam, que sonríe y asiente. Acaricio el dorso de la mano de Sam mientras agarro la muñeca de Oriol. Observo su piel tostada, tan distinta a la de Sam. Me pierdo un momento en sus ojos y, con una leve sacudida de mi corazón, le beso en la mejilla. Respiro hondo y el perfume de Oriol se funde en mi cuerpo junto al aroma de Sam. El resultado es una combinación que jamás se me habría antojado tan adictiva, tan deliciosa, tan perfecta.

Los dedos de mi mano izquierda se entierran en el cabello de Oriol. Los de la derecha acunan la cabeza de Sam. Acerco los rostros de ambos entre sí, observo cómo sus narices se rozan como un sutil susurro. A Sam le tiembla el labio. Oriol parece contener la respiración. Con suma ternura, los empujo más el uno contra el otro. Un fuego arde en mi pecho cuando veo los labios de Oriol atrapar a los de Sam en un beso que nace tímido, tierno y cauto, pero que no tarda en evolucionar. Siento en ellos una pasión que hasta este instante había yacido latente, a la espera de que alguien lograra reunir el valor suficiente como para despertarla.

Sus lenguas se encuentran y sus cuerpos se acercan más entre sí. Mis manos descienden por

sus cuellos, sus espaldas. Los acaricio, les masajeo los hombros, observo con atención mientras su fuego se desata entre ellos. No parece que ninguno de los dos tenga la menor intención de interrumpir este momento. Yo tampoco la tengo. Verlos devorándose el uno al otro con este deseo creciente hace que mi fuego me inunde, que se desate en mi interior. Mi cuerpo entero despierta. Siento ya la presión en la entrepierna, el cosquilleo en los huevos, el dulce calor en las yemas de los dedos de pies y manos.

Mi boca se ajusta a la perfección en la suave curva del cuello de Sam. Mis dientes rasguñan a duras penas su piel mientras él sigue enzarzado en una batalla de labios con Oriol. Mientras beso el cuello de Sam, mi mano explora la espalda de Oriol. Se cuela bajo su camiseta y siento en los dedos esa piel tersa y suave que cubre unos prominentes y tensos músculos.

Noto unas manos en el pecho. Sam y Oriol, que todavía no han interrumpido el beso en el que yo los he unido minutos atrás, recorren mi torso dejando tras de sí chispas de eléctrico placer. Yo me dejo hacer mientras mi mano desciende más y más por la espalda de Oriol hasta que encuentra las nalgas. Duras, lisas y perfectamente redondas, acogen mi tacto de buen grado, e incluso parecen animarme a explorar más adentro.

La mano de Sam, a su vez, ha ido descendiendo y se encuentra peligrosamente cerca de mi cinturón. La noto descender milímetro a milímetro mientras mi dedo corazón se aventura a adentrarse entre las nalgas de Oriol, que comienza a suspirar.

—¿Queréis que vayamos al dormitorio? Ahí estaremos más cómodos —susurro. Ellos, al fin, separan sus labios y me miran, ambos con una embelesada sonrisa adornando sus bellos rostros.

—Claro. Pero... solo si los dos queréis —responde Oriol—. ¿Sam?

—Vamos —dice el aludido. Agarra mi cinturón con una mano, el pecho de la camiseta de Oriol con la otra y nos lleva casi a rastras hasta el dormitorio. De camino allí, una sinfonía de risitas, caricias y besos nos acompaña.

Sam se deja caer en la cama. Separa las piernas para que tanto Oriol como yo podamos ver su ardor, que lucha ya por escapar de la ropa. Beso a Oriol mientras Sam acerca las manos a nuestras entrepiernas. Siento la danza de esos hábiles dedos y, aun a través de la tela, el placer es inconmesurable. Leves gemidos huyen de mis labios para refugiarse en los de Oriol, que comienza a jadear y deshace, a tientas, mi cinturón. En cuestión de segundos, el aire fresco acaricia mis muslos mientras los pantalones se me caen hasta los tobillos. Mientras me coloco en la cama, me deshago de la camiseta, al tiempo que Oriol ayuda a Sam a perder también algo de ropa.

Me tumbo junto a Sam, Oriol de rodillas entre ambos. Los labios del hombre de ojos grises secuestran los míos mientras los de Oriol descienden por mi pecho y, a cada tanto, se alean de mi cuerpo para explorar también el de Sam. Su descenso es lento y deliberado y, con cada milímetro que avanza, un nuevo escalofrío recorre mi piel. Sin dejar de besar a Sam, mis dedos encuentran sus pezones, rígidos y sensibles. Se estremece cuando los pellizco con suavidad. Noto a Oriol muy cerca ya de mi entrepierna, tanto que la anticipación me invade. Un par de manos me arranca la ropa interior. Mi polla enhiesta danza unos instantes en el aire antes de verse acogida en un cálido y húmedo espacio que no puede sino ser la boca de Oriol. Entreabro los ojos, labios aún unidos a los de Sam, para comprobar cómo Oriol devora, hambriento, mi rabo, mientras manosea el de Sam, que retuerce los dedos de los pies.

Nuestro beso se interrumpe: ninguno de los dos deseamos perdernos un solo detalle de cómo

mi grosor se pierde en los jugosos labios de Oriol. Él nos mira y su traviesa sonrisa rodea mi polla, que ya lagrimea ante el profundo placer que me entrega esa lengua experta.

Pasan unos instantes antes de que Oriol decida que es el turno de Sam. Mi rabo, empapado en ardiente saliva, sale de su boca, pero no permanece huérfano demasiado tiempo. Mientras acoge en los labios la erección pulsante de Sam, con la mano envuelve la mía y me masturba al mismo ritmo al que se come la polla del hombre de ojos grises. Lo oigo gemir y un intenso calor me abruma. Le beso el cuello, juego con sus pezones y jadeo en su piel sudorosa mientras Oriol se lleva de forma alternativa su polla y la mía a la boca. No parece saciarse...

Me incorporo y el contacto de Oriol con nuestros cuerpos se interrumpe por un momento. Le quito el calzoncillo a Oriol y, sin pensarlo dos veces, abro la boca y me llevo su longitud hasta la garganta. La siento caliente, palpitante y dura. Mi lengua la recorre y la percibe tan distinta a la de Sam que su curiosidad no hace más que aumentar. No puedo evitar compararlas en mi mente.

Sin dejar escapar el rabo de Oriol, observo cómo él se inclina hacia un lado para engullir la erección de Sam quien, a su vez, acerca sus labios a mi entrepierna. El cosquilleo de su lengua me inunda de inmediato de un poderoso torrente tras otro de placer. Me retuerzo y dejo escapar gemidos que reverberan en la polla de Oriol, perdida en mi paladar. Poco a poco, mi boca busca más. Se aleja de la rigidez de Oriol para investigar más abajo, donde encuentra sus bolas, gruesas y suaves. Me llevo una a la boca, luego la otra. Él separa un poco las piernas, las levanta, como si quisiera guiarme hacia su agujero. Y allí es adonde mi lengua se dirige. Exploro la entrada, apretada y dulce, del cuerpo de Oriol. Él me demuestra cuánto disfruta de mis caricias: gime contra la polla de Sam, que jadea contra la mía. Las vibraciones multiplican mi placer por cien y, con la carne de gallina, yo también comienzo a gemir mientras mi lengua explora el culo de Oriol cada vez más profundamente. Poco tardan mis dedos en reunir el valor suficiente para unirse a mi lengua. Esto hace que Oriol se retuerza y gima con mayor intensidad.

Un dedo entra y sale con facilidad de su cuerpo, con lo que me animo a introducir un segundo. Noto cómo, poco a poco, su entrada se dilata y palpita, deseosa de que sea otra parte de mi anatomía la que se adentre en ella.

—Ponte a cuatro patas —susurro. Oriol, sin sacarse la polla de Sam de la boca, así lo hace. Me coloco detrás de él y, mientras admiro sus succulentas nalgas, deslizo un pulgar en su orificio. Entra sin resistencia alguna, lo cual me indica que está listo para recibir mi polla. Apunto su agujero con mi rabo y, con lentitud, lo penetro. La estrechez me abraza y me regala placenteros espasmos mientras Sam clava sus ojos en los míos y se muerde el labio mientras comienzo a follarme a Oriol. Este, por su parte, no hace más que gemir mientras engulle a frenética velocidad la rigidez de Sam.

La temperatura asciende. El sudor empapa nuestras pieles. Mis ojos no abandonan los de Sam mientras ambos nos deleitamos en el maravilloso placer que Oriol nos regala. La intensidad de los gemidos se convierte en un concierto de gozo y, mientras mis caderas impactan una y otra vez contra las nalgas de Oriol, de mis escapan unas pocas palabras:

—Cariño... Ven y fóllame.

Sam sonríe. Oriol libera, a regañadientes, el grosor de Sam y este se incorpora. Se coloca detrás de mí y siento sus dientes en el hombro. Gimo, más de sorpresa que de dolor. Los dedos de Sam no tardan en acercarse a mi entrada, que se encuentra ya lista para recibir su rigidez.

—Estoy listo —le susurro—. Fóllame fuerte, mi amor.

—Eso está hecho —sonríe. Me besa la nuca y de inmediato siento algo duro, gordo y caliente forzar su paso a mis entrañas. Siento cómo me llena y cómo el placer me invade. Sam no tiene que hacer nada. Cada vez que embisto a Oriol, la polla de Sam se entierra en mí. Cada vez que la suya sale de mi cuerpo, es la mía la que destroza el interior de Oriol. Los chasquidos de la piel contra la piel, los jadeos, los gemidos y los quejidos de la cama nos acompañan, nos besan, envuelven nuestros cuerpos desnudos mientras mantenemos esa posición durante lo que bien podrían ser eones.

Oriol cambia de posición: sin consentir que mi rabo salga de su cuerpo, se da la vuelta y se tumba boca arriba. Pasa sus piernas sobre mis hombros y, mientras yo acaricio sus muslos, Sam besa con suavidad la planta de su pie izquierdo. Oriol se masturba al agresivo ritmo que marcan mis caderas. Me resulta difícil encontrar palabras capaces de explicar lo que siento ahora mismo. Cada vez que me muevo hacia adelante, la polla de Sam se aleja de mí, pero la estrechez de Oriol me envuelve con más fuerza. Si me muevo hacia atrás, sucede lo contrario: noto a Sam perforarme más profundamente al tiempo que la tensión se libera en mi polla. El placer es cegador y, pasados unos minutos, lo único que sé es que no quiero que esto termine nunca. Y, si debe terminar, tan solo espero que vuelva a suceder tan pronto como haya terminado.

—Me voy a correr... —gimotea Oriol. Dicho y hecho, el hombre se estremece y violentos espasmos recorren todo su cuerpo. Siento su culo estrangular mi polla al tiempo que densos trallazos de lefa estallan en la punta de su rabo y surcan el aire antes de aterrizar, uno tras otro, sobre su pecho y abdomen.

—Yo también —susurro.

—Dámela en la cara —dice Oriol de inmediato con una urgencia casi suplicante. Así lo hago: mi longitud, hinchada y sensible, sale del cuerpo de Oriol, el grosor de Sam sale del mío, y acerco mi rabo a la cara de Oriol. Sam se coloca frente a mí, de modo que Oriol está tumbado entre ambos, con nuestras pollas a menos de un palmo de la cara. Masturbo a Sam mientras él hace lo mismo conmigo y, perdido en el calor de sus ojos, mi placer se desborda.

—Dios... —gimo. La explosión es tal que por un momento parezco perder la consciencia. Noto cómo mi orgasmo huye de mí, dejando tras de sí nada más que la más intensa sensación de gozo. Abro los ojos a tiempo para ver cómo mi lefa embadurna el sonriente rostro de Oriol. Segundos después...

—Me corro —murmura Sam. De inmediato, su erección estalla en mi mano y su esencia cae junto a la mía para dejar a Oriol bañado en nosotros. Sonríe al ver su lengua asomar por la comisura de sus labios y así poder saborearnos.

Me seco el sudor de la frente. Siento el corazón a punto de estallar. Las rodillas me fallan y acabo cayendo en la cama, a la izquierda de Oriol. Le beso la mejilla. Sam se inclina hacia nosotros. Me besa, lo beso. Oriol se une. El beso a tres se prolonga en el tiempo hasta el infinito y mi erección parece cobrar vida una vez más mientras mi orgasmo y el de Sam se mezcla con nuestra saliva.

Pasamos el resto del día en la cama. Los tres sentimos la imperiosa necesidad de explorar nuestros cuerpos, de regalarnos cada vez más intensas tormentas de placer. He perdido la cuenta de cuántos orgasmos han explotado en mi entrepierna hoy. Lo que sí sé es que estoy exhausto... No puedo más, pero Oriol parece incansable. Observo, adormilado, cómo se coloca entre Sam y yo y se lleva ambas erecciones a la boca al mismo tiempo. Cierro los ojos un instante y, cuando

los vuelvo a abrir, la luz ha cambiado. De pronto, es de día.

—Buenos días, dormilón —susurra Sam.

—¿Me he dormido?

—Sí —responde Oriol—. Parece que nos hemos pasado con el folleto esta noche, ¿no?

—Qué va —sonríe—. Nunca hay demasiado folleto.

Oriol ríe y me besa. Después, beso a Sam. Ninguno de los tres parece tener intención de moverse de la cama. Es... demasiado cómoda.